

Lactancio

LA IRA DE DIOS

EL LIBRO SOBRE LA IRA DE DIOS
PARA DONATO

1. Sobre la sabiduría divina y humana

1. Con frecuencia he observado, Donato¹, que muchos creen lo siguiente –incluso algunos filósofos así lo han considerado–: que Dios no se encoleriza, bien porque la naturaleza divina solo es benéfica y no es acorde con un poder tan excelente y óptimo el dañar a alguien, ya sea porque, de hecho, no se preocupa en absoluto de que de su beneficencia nos llegue algún bien ni de que de su maleficencia nos alcance algún mal. 2. Dado que su error, que es capital, procura también subvertir el carácter de la vida humana, nosotros lo vamos a refutar para que tú mismo no caigas en su engaño, impelido por la autoridad de quienes se tienen por sabios. 3. No obstante, no somos tan arrogantes como para que nos gloriemos de haber comprendido la verdad gracias a nuestro talento, sino que seguimos la doctrina de Dios, ya que solo Él puede conocer y revelar los secretos. 4. Los filósofos², privados de su doctrina,

creyeron que se podía captar la naturaleza de las cosas por conjeturas, pero esto no puede ser de ninguna manera, ya que el espíritu del hombre, encerrado en el tenebroso habitáculo del cuerpo, ha sido expulsado del conocimiento verdadero; en esto se diferencia, en realidad, la divinidad de la humanidad, en que es propio de la humanidad la ignorancia, mientras que es propio de la divinidad la sabiduría.

5. Por esta razón, necesitamos una cierta iluminación para rechazar las tinieblas con las que se ha ofuscado el razonamiento del hombre, puesto que al movernos en una carne mortal, no podemos predecir con nuestros sentidos. 6. La luz del espíritu humano es, sin embargo, Dios; quien lo ha conocido y lo ha admitido en su seno reconocerá el misterio de la verdad con un corazón iluminado. Si, no obstante, Dios y su doctrina celeste son suprimidos, todo estará lleno de errores. Razón tenía Sócrates, él, que era el más sabio de todos los filósofos, cuando, discutiendo la ignorancia de los demás, que por algo se tenían, decía que no sabía nada sino una sola cosa: que no sabía nada³. 7. Había entendido, en efecto, que aquella doctrina no tenía en sí nada de cierto, nada de verdadero. Y no fingía, como creen algunos, una doctrina para confutar a los demás, sino que había visto la verdad desde cierta posición. También dio testimonio en su juicio, como nos ha transmitido Platón, de que no existe la sabiduría humana⁴. Por eso desdeñó, ridiculizó, rechazó la doctrina en la que los filósofos de aquel entonces se gloriaban para confesar como suma doctrina esto mismo, que había aprendido que no sabía nada.

8. Por lo tanto, si no hay sabiduría humana, como Sócrates enseñó y como Platón transmitió, es evidente que es divina y que el conocimiento de la verdad no le compete a ningún otro sino a Dios. 9. Por eso hay que conocer a Dios, el único en quien está la verdad. Él es el Padre del mundo y el Creador de las cosas, a quien no se ve con los ojos, a quien apenas se contempla con el espíritu y cuya religión suele ser impugnada de muchas maneras por quienes no pudieron poseer la verdadera sabiduría ni comprender la razón del gran secreto celestial.

2. Sobre la verdad, sus etapas y sobre Dios

1. Ya que son muchas las etapas⁵ por las que hay que subir a la morada de la verdad, no le resulta a nadie fácil llegar a la cima. Ofuscados, en efecto, por el resplandor de la verdad, quienes no pueden mantener un paso estable caen de nuevo al suelo. 2. La primera etapa es comprender las falsas religiones y rechazar los impíos cultos de las cosas hechas⁶ por mano humana. La segunda es reconocer con el intelecto que hay un único Dios Altísimo, cuya potestad y Providencia ha realizado el mundo desde el principio y que lo gobierna hacia el futuro. La tercera es conocer su ministro y anunciador⁷, al que mandó como un enviado a la tierra para que, liberados gracias a su enseñanza del error que nos retenía en la confusión y formados

en el culto del Dios verdadero, podamos aprender la justicia. 3. De todas estas etapas, como he dicho, se tiende a caer y se va fácilmente a la ruina, a no ser que se fijen los pies en una estabilidad inmovible.

4. De la primera etapa vemos que son zarandeados quienes, aun comprendiendo lo falso, sin embargo no hallan lo verdadero, y aunque desprecian las frágiles imágenes terrenales, no se dirigen al culto de Dios, al que desconocen, sino que, admirando los elementos del mundo, veneran el cielo, la tierra, el mar, el sol, la luna y los demás astros. Pero esta ignorancia suya ya la hemos confutado en el segundo libro de *Las instituciones divinas*⁸. 5. De la segunda etapa decimos que caen quienes, aun concibiendo que hay un único Dios Altísimo, se ven sin embargo enredados por los filósofos y, confundidos por falsas argumentaciones, conciben aquella única majestad de una manera distinta a la que es la verdadera. Estos niegan que Dios tenga forma alguna o creen que no se conmueve con ningún sentimiento, porque todo sentimiento es propio de la debilidad, que en Dios no existe. 6. Del tercero se precipitan quienes, aun conociendo al enviado de Dios y al mismísimo Creador del templo divino e inmortal, sin embargo no lo aceptan o lo aceptan de otro modo al que la fe exige. A estos los confutamos en parte en el cuarto libro de la obra mencionada anteriormente⁹ y los confutaremos más adelante con más rigor cuando comencemos a responder a todas las sectas que, debatiendo sobre la verdad, la han perdido.

7. Vamos a argumentar ahora, en cambio, en contra de quienes se han caído de la segunda etapa y conciben cosas depravadas del Dios Altísimo. Algunos dicen, en efecto, que Él no puede ni satisfacer ni encolerizarse con nadie, sino que, despreocupado y tranquilo, goza de los bienes de la inmorta-

lidad. 8. Otros, en cambio, le quitan a Dios la ira y le dejan la gracia; creen que su naturaleza, en efecto, se distingue por una virtud suprema, de tal modo que no debe ser maléfica, sino benéfica. De este modo, todos los filósofos están de acuerdo sobre la ira, pero discrepan sobre la gracia. 9. Pero para que el discurso se desarrolle¹⁰ con orden hacia la materia en cuestión, al ser la ira y la gracia diversas y opuestas entre sí, debemos realizar y ajustarnos a una clasificación del siguiente tipo: o se le atribuye a Dios la ira y se le sustrae la gracia, o se le sustrae ambas por igual; o se le despoja de la ira y se le atribuye la gracia o se le atribuyen ambas. 10. Nada que vaya mucho más allá de esto lo puede aceptar la naturaleza de este caso, ya que es necesario que lo verdadero, que es lo que se busca, se halle solo en alguna de aquellas proposiciones. Examinémoslas individualmente para que la razón y el orden nos conduzcan al recóndito lugar de la verdad.

3. Sobre lo bueno y lo malo¹¹ en los asuntos humanos; sobre su causante

1. En primer lugar, nadie ha dicho nunca lo siguiente de Dios: que solo se encoleriza, pero que no se conmueve con la gracia. Es, en efecto, incongruente con Dios el que esté provisto de una potestad tal que sí pueda dañar y herir pero que, en cambio, no pueda ser de provecho o hacer el bien. 2. ¿Qué fundamento, pues, o qué esperanza de salvación se ha dispuesto para los hombres si Dios solo es el autor de los males? Porque si esto fuese así, se reduciría aquella venerable majestad, no a la autoridad del juez que puede amparar o liberar,

sino al oficio de un torturador y de un verdugo. 3. Al observar, sin embargo, que en los avatares humanos no solo existen males, sino también bienes, es evidente que si Dios es el autor de los males, debe haber otro que hace lo opuesto a Dios y nos da los bienes. 4. Si existe, ¿con qué nombre se le debe llamar? O ¿por qué nos es más conocido quien nos hace el mal que quien nos hace el bien? Si nada puede existir más allá de Dios, es absurdo y vano pensar que la potestad divina, mayor que ella no hay nada ni nada es mejor, pueda dañar pero no pueda ser de provecho. Por eso no ha existido nadie que se atreva a decir esto, ya que no es razonable ni se puede creer en modo alguno.

Como esto es congruente, pasemos de largo y busquemos la verdad en otro lugar.

4. Sobre Dios y sus sentimientos; sobre la reprobación de Epicuro

1. Lo que sigue pertenece a la escuela de Epicuro: como en Dios no existe la ira, así tampoco existe en Él la gracia. Al pensar Epicuro que a Dios le era ajeno el hacer el mal y el dañar¹², ya que esto nace las más de las veces del sentimiento de la ira, le quitó también la beneficencia, porque veía que era congruente que si Dios tuviese ira, también tuviese gracia. 2. Así pues, para no atribuirle un defecto, también le privó de una virtud. Por esto –dijo– que es feliz e incorruptible, porque no se preocupa de nada, ni posee desvelo alguno ni se lo procura a ningún otro¹³. 3. Entonces, Dios no existe si ni siquiera se conmueve –porque esto es lo propio del ser vivo– ni hace algo imposible para el hombre –porque esto es lo propio de Dios–, si no tiene en absoluto voluntad alguna, moción alguna o, en

definitiva, diligencia alguna, que es lo que es digno de Dios. 4. Y ¿qué diligencia más importante y más digna se le puede atribuir a Dios que gobernar el mundo y cuidar de los seres vivos, sobre todo del género humano, a Él, a quien todo ser terrenal le está sometido? 5. ¿Qué felicidad puede haber, entonces, en Dios, si está siempre quieto, inmóvil e inactivo, si está sordo para quien le suplica, si está ciego para quien lo venera? ¿Qué puede haber tan digno y tan propio de Dios sino la Providencia? 6. Pero si no se preocupa de nada, si no provee nada, ha perdido toda su divinidad. En consecuencia, quien le quita a Dios toda su capacidad, toda su esencia, ¿qué otra cosa dice sino que Dios no existe en absoluto?

7. Además, Marco Tulio [Cicerón] refiere un dicho de Posidonio¹⁴: que Epicuro había intuido que los dioses no existen, pero que había dicho eso respecto de los dioses para alejar la animadversión hacia su persona¹⁵. De este modo, él deja a los dioses en sus palabras, pero les quita su misma esencia, ya que no les atribuye ninguna moción, ninguna función. 8. Pero si esto es así, ¿qué hay más falaz que esto mismo, que debe ser extraño a un hombre tan sabio y cabal? Mas si pensó una cosa y dijo otra, ¿no se le ha de llamar embaucador, hipócrita, miserable y, por esta causa, necio? 9. Pero Epicuro no era tan taimado para decir estas cosas con ánimo de engañar, cuando las había entregado por escrito para perpetua memoria, sino que se equivocó por mero desconocimiento de la verdad.

En efecto, al estar persuadido en un principio por la verosimilitud de una única afirmación, era necesario que incurriera en todo lo que de ello se seguía. **10.** Su primera afirmación fue, de hecho, que la ira no era idónea a Dios. Dado que esto le parecía inexpugnable y verdadero, no podía obviar sus consecuencias: puesto que Dios había sido privado de un sentimiento, esa misma necesidad lo obligaba a quitarle a Dios los demás sentimientos. **11.** Así pues, quien no se encoleriza, es evidente que tampoco se conmueve con la gracia, que es lo contrario a la ira; si en Él no hay ni ira ni gracia, evidentemente tampoco hay miedo ni alegría ni pesar ni compasión. **12.** Una sola es, en efecto, la razón de todos los sentimientos, una sola moción que en Dios no puede hallarse. Porque si en Dios no hay ningún sentimiento, ya que si siente algo, es débil, entonces tampoco hay en Él ningún cuidado o providencia alguna.

13. A este punto llegó la reflexión del sabio; de todo lo demás que sigue guardó silencio, a saber, que si en Él no hay ningún cuidado ni providencia alguna, tampoco hay en Él, entonces, pensamiento alguno ni percepción alguna, lo que implica que no existe en absoluto. Así pues, al ir bajando¹⁶ gradualmente, se paró en la última etapa, porque ya veía el precipicio. **14.** Pero, ¿de qué le aprovechó el haber callado y el haber disimulado el peligro? La necesidad le obligó, incluso en contra de su voluntad, a caer. Dijo, en efecto, lo que no quería, pues dispuso de tal modo su argumentación que venía a desembocar necesariamente en aquello que justo quería evitar. Ves, pues, a dónde se llega, si se quita y se sustrae de Dios la ira. **15.** En fin, que nadie le creyó o solamente unos pocos, precisamente los criminales y miserables que confían en quedar impunes de sus pecados.

Si también se halla esto falso, a saber, que en Dios no existe ni la ira ni la gracia, llegamos a lo que está en tercera posición.

5. Sobre la máxima de los estoicos acerca de Dios. Sobre su ira y su gracia

1. Se cree que los estoicos y algunos otros habían concebido algo mejor lo que se refiere a la divinidad, ya que dicen que la gracia sí existe en Dios, la ira no. 2. Este lenguaje gozaba mucho más del favor popular, al no atribuir a Dios esta debilidad del ánimo, esto es, creer que alguien pudiera herirlo, a Él que no puede ser herido; que aquella sosegada y santa majestad se viera agitada, perturbada y enloquecida, lo que es una fragilidad terrenal.

Afirman que la ira es, en efecto, esa conmoción y perturbación del espíritu, que son ajenas a Dios. 3. Puesto que si tampoco al hombre, por sabio y cabal que sea, le es idónea la ira (pues cuando sobreviene en el ánimo de cualquiera, como una cruel tempestad¹⁷, levanta tan grandes torbellinos que transforma el estado del espíritu: los ojos se enardecen, la boca tiembla, la lengua titubea, los dientes rechinan y el rostro cambia de color alternativamente, ya sea que se ruboriza con el rojo, ya sea que palidece con el blanco), ¿cuánto menos le será a Dios idóneo un cambio tan horrible? 4. Puesto que si el hombre que tiene dominio y poder causa un gran perjuicio en estado de ira (derrama sangre, asola ciudades, aniquila pueblos, reduce regiones a cenizas), ¿cuánto más se puede creer que Dios, que tiene el poder sobre todo el género humano y sobre el mismo mundo, podría perder absolutamente todo si se encolerizara?

5. Creen, pues, que es oportuno que en Él esté ausente un mal tan grande y pernicioso. Pero si en Él están ausentes la ira y la agitación, porque son odiosas y nocivas, y si Él no procura el mal a nadie, no queda otra cosa sino que sea manso, tranquilo, propicio, benefactor y defensor. 6. Así pues, solo en este caso se le podrá llamar Padre común de todos, de veras Óptimo y Máximo, que es lo que exige su naturaleza divina y celeste. 7. Si, pues, entre los hombres se considera digno de alabanza ser de provecho antes que dañar, dar la vida antes que matar, salvar antes que perder y, no sin razón, se cuentan entre las virtudes la inocencia y a quien hace estas cosas se le estima, se le prefiere, se le honra, se le festeja con todo tipo de bendiciones y plegarias, y, finalmente, se le juzga semejante a Dios a causa de estos méritos y favores, ¿cuánto más es pertinente que Dios mismo, distinguido en sus virtudes divinas y perfectas y completamente privado de todo lo terrenal, se gane a todo el género humano con sus favores divinos y celestes?

8. Se dice que esto encandila y se cobra el favor popular, y seduce a muchos para que crean en ello. Quienes así reflexionan, se acercan, de hecho, a la verdad, pero en cierta manera tropiezan al considerar insuficientemente la naturaleza de este asunto. 9. Pues si Dios no se encoleriza con los impíos y con los injustos, obviamente no ama a los piadosos y justos. En consecuencia, es más grande el error de quienes le quitan a la vez la ira y la gracia. En cuestiones contrapuestas, hay que moverse hacia ambos lados o hacia ninguno de ellos. 10. Así, quien ama a los buenos, también odia a los malos, y quien no odia a los malos, tampoco ama a los buenos, porque el amar a los buenos procede del odio de los malos y el odiar a los malos se deriva de la caridad con los buenos. 11. No hay nadie que ame la vida sin tener odio a la muerte ni que desee la luz sin huir de las tinieblas. Estas cuestiones están tan unidas entre sí por naturaleza, que una no puede existir sin la otra.

12. Si un amo tiene en su servidumbre siervos, unos buenos y otros malos, es evidente que no odia a los dos ni a am-

bos les otorga favores y reconocimiento, porque si así lo hiciera sería inicuo y necio. Pero al bueno le habla amigablemente, lo honra y lo pone al frente de su casa, de su servidumbre y de todos sus asuntos. Al malo, en cambio, lo castiga con imprecaciones, latigazos, desnudez, hambre, sed y grilletes, de modo que este sea un ejemplo ante los demás para no cometer faltas, aquel, para adquirir méritos, de manera que a unos los obligue el miedo y a otros los incite la honra. 13. En consecuencia, quien ama, también odia, quien odia, también ama: existen, pues, cosas que se deben amar y cosas que se tienen que odiar. 14. Y así como el que ama confiere cosas buenas a los que ama, del mismo modo el que odia inflige males a los que odia. Este argumento, que es cierto, no puede ser rebatido en modo alguno.

15. En consecuencia, vana y falsa es la opinión de quienes atribuyen a Dios una cosa pero le quitan la otra; no es menos vana y falsa la de quienes le quitan a Dios ambas cosas. Los primeros, sin embargo, como ya hemos hecho ver, no yerran en parte, sino que retienen lo que de las dos les parece la mejor. Los segundos, en cambio, a los que el razonamiento y la verdad de su argumentación los persuade, una vez que han aceptado una opinión obviamente falsa, caen en un error capital. 16. No les convenía, en efecto, razonar de este modo: ya que Dios no se encoleriza, entonces tampoco se conmueve con la gracia, sino de esta manera: ya que Dios se conmueve con la gracia, entonces también se encoleriza. Si, en efecto, fuese cierto e indudable que Dios no se encoleriza, entonces sería necesario llegar al otro colofón. 17. Si como, efectivamente, existe una gran ambigüedad respecto a la ira, pero hay prácticamente unanimidad en lo de la gracia, es absurdo querer trastocar lo cierto a partir de lo incierto, aunque es más fácil el afirmar lo incierto a partir de lo cierto.

6. *Por qué se encoleriza Dios*

1. Estas son las opiniones de los filósofos sobre Dios. Aparte de estas cosas nadie ha dicho nada. Como hemos observado que esto que se ha dicho es falso, solo queda una última cosa en la que se pueda encontrar la verdad, cosa que por los filósofos nunca ha sido aceptada y ni siquiera alguna vez defendida¹⁸: que es congruente que Dios se encolerice, porque se conmueve con la gracia. 2. Esta es la opinión que vamos a defender y a sostener. En esto se halla la cumbre de todo y el quicio de la religión y de la piedad, pues ningún homenaje puede ser concedido a Dios si este no concede nada al que le da honra, ni se le puede tener miedo si no se encoleriza contra el que no le otorga honra.

7. *Sobre el hombre, las bestias y la religión*

1. A pesar de que, a menudo, por ignorancia de la verdad, los filósofos se han desviado de la razón y han caído en errores muy intrincados (les suele ocurrir a estos como al viajero que no conoce el camino y no reconoce su ignorancia: anda sin rumbo porque se avergüenza de preguntar a los que se encuentra en su camino), sin embargo ningún filósofo ha afirmado nunca que no hay ninguna diferencia entre los hombres y las bestias. 2. Ni nadie en absoluto, siempre que quisiera parecer sabio, ha igualado al animal racional con los animales sin habla y con los irracionales. Esto hacen, sin embargo, algunos ignorantes, semejantes a las bestias, que se quieren entregar al vientre y al apetito, diciendo que han nacido con la misma condición con la que han nacido todos los que respiran: el que

esto sea dicho por el hombre es execrable. 3. Pues ¿quién hay que sea tan inculto que no sepa, quién tan insensato que no se dé cuenta de que hay algo divino dentro del hombre? 4. Y no es que venga todavía a las virtudes del ánimo y del talento, gracias a las cuales es manifiesto que existe una vinculación entre el hombre y Dios. ¿No revela la postura del cuerpo mismo y la forma del rostro que no somos iguales que las bestias sin habla? La naturaleza de estos está inclinada a lo terrenal y al alimento, y no tiene nada en común con lo celestial, al que no dirige su mirada. 5. El hombre, en cambio, por su carácter erguido, por su rostro elevado hacia lo sublime, se ve estimulado a la contemplación del mundo y dirige su rostro a Dios: la razón conoce la razón.

6. Además, «no hay ningún animal –como dice Cicerón–, excepto el hombre, que tenga una cierta noticia de Dios»¹⁹. En efecto, solo él ha sido provisto con la sabiduría para que solo él entienda la religión: esta es, de hecho, la principal o la única distancia entre el hombre y las bestias sin habla. 7. Pues lo demás que parece que es propio del hombre, si no está como tal en las bestias sin habla, se puede encontrar, sin embargo, algo parecido. Lo propio del hombre es la palabra pronunciada. No obstante, también en aquellos se halla algo parecido a la palabra, pues se reconocen entre sí con sus voces; cuando se enfurecen producen un sonido que se asemeja a una riña, y cuando se ven después de un periodo de tiempo, manifiestan con la voz la función del saludo. 8. A nosotros nos parecen sus voces confusas, como tal vez les parezcan a ellos también las nuestras, pero para ellos, que se entienden unos con otros, son palabras. En definitiva, para cualquier sentimiento emiten unas determinadas voces características, con las que muestran el estado de su espíritu. 9. La risa es también propia del hom-

bre y, sin embargo, también vemos en otros animales ciertos indicios de alegría, cuando gesticulan para jugar, cuando se acarician las orejas, cuando empequeñecen la boca, sosiegan la frente y relajan afablemente los ojos. 10. ¿Qué hay que sea tan propio del hombre como el razonamiento y la previsión de lo que ha de venir? Pero hay animales que en sus escondrijos abren muchas salidas en direcciones opuestas para que, en caso de peligro, puedan darse a la fuga de las partes bloqueadas. No podrían hacer esto si no tuviesen inteligencia y capacidad de razonamiento. 11. Otros prevén lo que ha de pasar, como «cuando las hormigas destruyen una ingente cantidad de gavilla al acordarse del invierno y la colocan en su casa»²⁰; como las abejas, que «solo ellas conocen una patria y unas moradas establecidas. Acordándose del invierno que ha de venir, sufren en verano con la fatiga y colocan sus ganancias en medio de todas ellas»²¹.

12. Mucho me extendería si quisiera continuar pormenorizadamente con aquellas cosas que son parecidas a las destrezas humanas y que suelen darse en cada una de las especies de los animales. Porque si de todas estas que se suelen atribuir al hombre se ve también una semejanza entre las bestias sin habla, es evidente que es solo la religión aquello de lo que no se puede hallar vestigio o traza alguna entre las bestias sin habla. 13. De la religión, en efecto, es propia la justicia, que a ningún otro animal atañe. Solo el hombre, efectivamente, comparte²²; los demás animales se procuran todo a sí mismos. A la justicia se le asigna el culto a Dios; quien no lo acepta, es ajeno a la naturaleza del hombre y vivirá la vida²³ de las bestias bajo apa-

riencia humana. 14. Como, de hecho, apenas solo nos diferenciamos de los animales en lo siguiente: en que solo nosotros de todos ellos percibimos la fuerza y la potestad divinas y en que en ellos, en cambio, no existe comprensión alguna de Dios, es obvio que esto no puede deberse a que los animales tengan en esto más conocimiento o a que la naturaleza humana sea en ello más ignorante, dado que todo lo que respira y la naturaleza entera de las cosas se ha visto sometida al hombre por su sabiduría. 15. Por este motivo, si la condición, si la fuerza del hombre está en aventajar y superar a los demás seres vivos en esto, a saber, en que solo él está capacitado para el conocimiento de Dios, es evidente que no se puede abolir la religión de ningún modo.

8. Sobre la religión

1. Pero la religión es abolida si damos crédito a lo que decía Epicuro: «En efecto, la entera naturaleza de los dioses debe disfrutar de por sí de un tiempo inmortal con suma paz, pero alejada de nuestras cosas, separada bien lejos. Pues privada de todo dolor, privada de los peligros, ella es potente en sus riquezas, no mendiga nada de nosotros ni recibe ningún bien por nuestros méritos ni le afecta la ira»²⁴.

2. Cuando dice estas cosas, ¿cree que hay que dar a Dios cierto culto, o destruye toda religión? Si, en efecto, Dios no concede ningún bien a nadie, si no devuelve ninguna gracia por la obediencia de quien lo venera, ¿qué hay más ilusorio, más necio que construir templos, realizar sacrificios, ofrecer dones, disminuir el patrimonio familiar para no conseguir nada? 3. Pero una naturaleza tan excelente debe ser honrada. ¿Qué honor se le puede otorgar a quien de nada se preocupa y es un ingrato? ¿Podemos estar vinculados por alguna otra

razón con quien nada tiene en común con nosotros? Si Dios –dijo²⁵ Cicerón– es de tal modo que no se le impresiona con ninguna gracia, con ninguna obra de caridad por parte de los hombres, ¡fuera con Él! Pues ¿qué diré, que sea propicio? No puede ser propicio a nadie²⁶. 4. ¿Ha podido decir algo más despectivo respecto a Dios? «¡Fuera con Él!», ha dicho, esto es, que se vaya y desaparezca, ya que no puede ser de provecho a nadie. 5. Ahora bien, si Dios no tiene ni muestra ningún interés, ¿por qué no vamos a delinquir, en consecuencia, siempre que se pueda engañar la conciencia de los hombres y burlar las leyes públicas? En cualquier momento en que nos sonría la ocasión de ocultarnos, tomemos resolución del asunto: ¡quitemos lo ajeno –ya sea sin sangre derramada o con sangre–, si más allá de las leyes no hay nada más que deba ser honrado!

6. Al concebir Epicuro estas cosas, destruye la religión desde sus mismos cimientos, y, una vez suprimida, le sigue la confusión y el desconcierto en la vida. 7. Si, en realidad, la religión no puede ser suprimida para que podamos mantener la sabiduría, que nos separa de las bestias, y la justicia, con la que es más segura la vida en común, ¿cómo se puede sostener y conservar la propia religión sin el miedo? Porque lo que, en efecto, no se teme, se desprecia, y lo que se desprecia, obviamente no se honra. Así resulta que la religión, la majestad y la honra se basan en el miedo. Pero no hay miedo donde nadie se enfurece. 8. Así pues, si le quitas a Dios la gracia o la ira o ambas, hay que suprimir la religión, sin la cual la vida de los hombres se llena de necedad, crímenes y crueldad. Mucho refrena, en efecto, la conciencia a los hombres, siempre que creamos vivir en presencia de Dios y que pensemos que no solo lo que ha-

gamos puede ser visto desde arriba, sino que también lo que pensemos o lo que digamos puede ser oído por Dios.

9. Por eso, es de gran provecho creer en esto, como algunos piensan, no solo por la verdad, sino por un motivo de utilidad, ya que las leyes no pueden castigar la conciencia, a no ser que una especie de terror superior intimide con amenazas con el fin de impedir que se cometan pecados. 10. Por eso es falsa toda religión y la divinidad no es nada, sino que todo ha sido hecho por hombres sensatos con el fin de vivir de un modo más recto e inocente. Esta cuestión es de gran envergadura y ajena a la materia que nos proponemos; sin embargo, ya que ha aparecido por necesidad, debe ser tratada muy brevemente.

9. Sobre la Providencia de Dios y las opiniones que le son contrarias

1. A pesar de que las opiniones de los filósofos que vivieron hace tiempo eran concordes respecto a la Providencia y no existía duda alguna de que el mundo había sido construido por Dios y por la razón, y que por la razón se regía, fue Protágoras²⁷, que vivió en tiempos de Sócrates, el primero de todos que dijo que a él no le resultaba evidente²⁸ el que existiese o no alguna divinidad. 2. Se juzgó su pensamiento tan impío y tan contrario a la verdad y a la religión, que los atenienses lo

expulsaron de sus fronteras y quemaron en una asamblea sus libros, aquellos que contenían su pensamiento²⁹. No es necesario que reflexionemos sobre su opinión, puesto que no manifestó nada cierto. **3.** Después de este pensamiento, Sócrates y su discípulo Platón, así como los que pertenecían a la escuela de Platón, discurrieron, como los riachuelos, en distintas direcciones; los estoicos y los peripatéticos se mantuvieron en el mismo principio que sus antecesores.

4. Después dijo Epicuro que Dios ciertamente existía, ya que era necesario que existiese algo en el mundo que fuese superior, excelso y feliz; no existía, sin embargo, Providencia alguna. Así pues, el mundo mismo no había sido formado por ninguna razón o ingenio o habilidad, sino que la naturaleza de las cosas había sido conglobada³⁰ por ciertas semillas diminutas e indivisibles. **5.** No veo que se pueda decir algo más incongruente, puesto que si Dios existe, es obvio que es providente, porque es Dios; ni de otro modo se le puede atribuir la divinidad si no mantiene el pasado, conoce el presente y ve de antemano el futuro. **6.** Al suprimir la Providencia, afirmó asimismo que Dios no existía. Pero cuando ha proclamado abiertamente que Dios existe, entonces también ha admitido que la Providencia existe. Indudablemente, ni puede ser ni se puede entender que se dé el uno sin el otro.

7. No obstante, en una época posterior, cuando la filosofía estaba en franca decadencia, existió un tal Diágoras de Melos³¹,

que dijo que no existía en absoluto dios alguno; por este principio se le llamó «ateo». Lo mismo pensó Teodoro de Cirene³². Ya que ninguno de los dos había podido hallar nada nuevo, pues todo ya se había dicho o se había hallado, prefirieron, incluso en contra de la verdad, negar aquello en lo que todos los filósofos anteriores habían estado de acuerdo sin ningún género de duda. Estos son los que han difamado la Providencia, que por tantos siglos y por tantos genios había sido sostenida y defendida. 8. ¿Y qué? ¿Acaso no confutaremos a estos insignificantes e incompetentes filósofos, ya sea con la razón, ya sea con la autoridad de varones preclaros, o mejor aún, con el uso de ambas? Pero démonos prisa para que nuestro discurso no se desvíe demasiado de nuestra materia.

10. Sobre el origen del mundo, la naturaleza de las cosas y la Providencia de Dios

1. Los que están en contra de que el mundo haya sido hecho por la divina Providencia señalan que, o bien se ha unido por principios que se han juntado entre sí por azar, o bien ha venido a la existencia de repente, por causas naturales. La naturaleza, entonces, como decía Estratón³³, tiene en sí la fuerza de engendrar y de reducirse, pero no posee sentido ni forma alguna para que comprendamos que todo ha sido engendrado espontáneamente, sin artífice o constructor alguno. Ambas afirmaciones³⁴ son ilusorias e imposibles. 2. Pero esto sucede

a los que ignoran la verdad, de tal modo que imaginan cualquier cosa antes de pensar lo que la razón les exige. 3. En primer lugar, aquellas semillas diminutas con cuya aproximación fortuita dicen que el mundo entero se congregó, dónde estaban, me pregunto, y de dónde procedían. ¿Quién las ha visto alguna vez? ¿Quién las ha percibido? ¿Quién las ha oído? ¿Solo Leucipo³⁵ tuvo ojos, solo él [tuvo] espíritu? Él, que sin duda fue, de todos, el único ciego e ignorante que llegó a decir estas cosas, que ni un enfermo podría imaginar ni uno que durmiera podría soñar.

4. Los filósofos antiguos explicaban que todo estaba formado por cuatro elementos. Él estaba en contra para que no pareciera que seguía las huellas de otros; así, arguyó que distintos eran los fundamentos primordiales de estos mismos elementos, que ni se podían ver ni tocar ni sentir con ninguna parte del cuerpo. 5. Son tan diminutos –dijo– que no existe lama de espada tan afilada que pueda cortarlos y dividirlos, por lo que les dio el nombre de átomos. Cayó en la cuenta de que si todos tuviesen una sola y misma naturaleza, no podrían realizar cosas diversas, con tanta variedad como vemos que hay en el mundo. En consecuencia, dijo que los había suaves, rugosos, redondos, angulosos, ganchudos. 6. ¡Cuánto mejor hubiese sido callar a poseer la lengua para un uso tan desdichado y fútil! Me temo que no ha de parecer que delira menos quien quisiera confutar estas cosas. Sin embargo, respondámosle como si hubiese dicho algo. 7. Si son lisos y redondos, obviamente no pueden unirse unos con otros para formar un cuerpo cualquiera; como si uno quisiera juntar granos de mijo en una única composición: la misma lisura de los granos no les permitiría congregarse en una masa. 8. Si son rugosos, angulosos y ganchudos, para que se

puedan fusionar, deben, entonces, ser divisibles y fraccionables, pues es necesario que les sobresalgan ganchos y aristas factibles de ser cortados. Así pues, lo que se puede cortar y hacer pedazos, también se podría ver y sostener.

9. Éstos –dijo– revolotean por el vacío con un movimiento incesante³⁶, y son llevados de un lado a otro, como vemos que lo son los corpúsculos de polvo en el sol, cuando por la ventana se cuelan sus rayos de luz. De aquellos surgen los árboles, las hierbas y todas las cosechas; de estos nacen los animales, el agua, el fuego, absolutamente todo, y en ellos se disuelven de nuevo. Esto se puede sostener mientras se trate de cosas pequeñas. Pero también de estos se ha congregado el mundo en sí mismo. 10. Ha completado el cupo de la locura extrema; no parece que se pueda añadir nada más allá. Y, no obstante, aquel hombre logró añadir algo más todavía: puesto que todo es infinito –dijo– y no puede estar vacío, es necesario, en consecuencia, que existan innumerables mundos. 11. ¿Qué fuerza tan grande la de los átomos que son capaces de conglobar moles tan extraordinarias a partir de cosas tan diminutas? Yo, ante todo, pregunto cuál es la condición y el origen de estas semillas. Si, en efecto, de ellas procede todo, ¿de dónde diremos que proceden ellas? ¿Qué naturaleza proporcionará tanto poder para formar innumerables mundos?

12. Pero admitamos que deliró impunemente sobre los mundos; hablemos de aquello en donde estamos y de aquello que vemos. Dijo que todo estaba hecho de corpúsculos indivisibles. 13. Si esto fuese así, ninguna cosa necesitaría nunca de una semilla de su especie. Sin huevos nacerían los pájaros, y los huevos, sin incubarse; asimismo, los demás vivientes nacerían sin el coito; los árboles y lo que nace de la tierra no tendrían semillas propias, las que cada día preparamos y sembra-

mos. ¿Por qué nace la espiga del grano de trigo y, de nuevo, de la espiga, el grano de trigo? En definitiva, si la unión y la conglobación de los átomos formaran todo, todo tomaría su forma en el aire. Si los átomos revolotearan por el vacío, **14.** ¿por qué no pueden nacer y crecer sin tierra, sin raíces, sin humedad, sin semilla la hierba, el árbol y las cosechas? **15.** Por esta razón es evidente que nada se ha hecho a partir de los átomos, pues cada cosa posee una naturaleza propia y específica, su semilla, su índole desde el principio.

16. Finalmente, Lucrecio, casi olvidado de los átomos que defendía, para confutar a los que decían que todo se había hecho de la nada, utilizó estos argumentos, que también son válidos contra él mismo. Efectivamente, él dijo lo siguiente: «Pues si nacieran de la nada, de todas las cosas podría nacer cualquier especie sin necesidad de semilla»³⁷. Y lo mismo después: «En efecto, no se puede decir que nada se ha hecho de la nada ya que las cosas necesitan una semilla, gracias a la cual cualquier cosa creada puede ser sacada a las suaves brisas del aire»³⁸.

17. ¿Quién puede creer que este tenía la cabeza en su sitio cuando dijo estas cosas y no vio que eran contrarias con las suyas propias? Es, entonces, evidente que nada se ha hecho a través de los átomos, porque la semilla de cada cosa está bien determinada, a no ser que quizá creamos que la naturaleza del fuego y del agua procede de los átomos. **18.** ¿Cómo es que, si materiales de una dureza resistente chocan entre sí con un impacto extraordinario, se produce fuego? ¿Acaso están escondidos los átomos en el hierro o en la piedra de sílice? ¿Quién los ha metido? ¿Por qué no aparecen espontáneamente o cómo han podido permanecer las semillas del fuego en una materia tan fría?

19. Dejo a un lado la piedra de sílice y el hierro. Si tuvieras al sol una esfera de cristal llena de agua, de la luz que se refleja del agua se encendería también el fuego en un frío rigurosísimo. ¿Hay que creer que también está el fuego en el agua? Pero por el sol no puedes encender un fuego ni siquiera en verano.

20. Si soplas en la cera o si un ligero vapor toca algo, ya sea la superficie de mármol o una lámina de metal, poco a poco se condensará el agua a través de diminutísimas gotas. Asimismo de la exhalación de la tierra o del mar surge la niebla. Esta, dispersa, humedece todo lo que cubre, o bien, agrupada, es llevada contra las adustas montañas por el viento hasta lo más alto; se compacta allí en una nube y cae con una lluvia copiosísima. 21. ¿En dónde decimos, por lo tanto, que están los átomos del fluido: en el vapor, en la exhalación, en el viento? Pero nada puede estar formado por lo que ni se toca ni se ve.

22. Y ¿qué diré de los animales, en cuyos cuerpos vemos que nada se ha formado sin un proyecto, sin un orden, sin una utilidad, sin una belleza? Porque una representación tan diestra y cuidada de todas sus partes y miembros se opone al azar y a la fortuna. 23. Pero supongamos que las articulaciones, los huesos, los nervios y la sangre deben su forma a los átomos. ¿Qué ocurre con el sentido, la reflexión, el espíritu, la memoria, el talento? ¿Con qué semillas se pueden conjuntar? Con unas diminutísimas, dijo. Entonces hay otras mayores. 24. ¿Cómo pueden ser, en consecuencia, inseparables?

Además, si de las invisibles surge lo que no se ve, se sigue que de las visibles surja lo que se ve. 25. ¿Por qué, entonces, no las ve nadie? Pero sea que se considere o bien las invisibles que están en el hombre, o bien las tangibles que aparecen a la vista, ¿quién no ve que ambas deben estar formadas según un plan racional? ¿De qué manera, entonces, lo que se une sin razón puede formar algo racional? Vemos, en efecto, que no hay nada en el mundo entero que no tenga en sí mismo un plan racional fundamental y admirable. Este que está por encima de la percepción y del talento del hombre, ¿a quién es más justo

atribuírselo que a la divina Providencia? 26. Si la razón y el arte modelan la imagen y la representación del hombre, ¿vamos a creer que el hombre mismo fue hecho de fragmentos que colisionaban fortuitamente? ¿Qué parecido con la verdad puede haber en lo que se modela, si la creación acabada y excelsa no puede imitar otra cosa que no sean la silueta o los rasgos externos del cuerpo? ¿Ha podido la habilidad humana dar a su obra algún movimiento o alguna sensación? 27. Dejo a un lado la facultad de ver, de oír, de oler y las extraordinarias capacidades de los demás miembros, aparentes o latentes: ¿qué artífice pudo elaborar el corazón del hombre, la voz o la sabiduría misma? ¿Quién en su sano juicio puede, entonces, creer que lo que el hombre no puede hacer con su razón y entendimiento, esto se pudo realizar por el impacto de los átomos que se congregan al azar? Ya ves qué delirios han caído con tal de no otorgar a Dios la realización y el cuidado de las cosas.

28. Concedámosles, no obstante, que las cosas terrenales se han hecho a partir de los átomos: ¿también las celestes? Los dioses –dicen– son incorruptibles, eternos, felices. Solo a estos les conceden la inmunidad de que no parezcan ser reunidos por el impacto de los átomos. 29. Si los dioses, en efecto, también estuviesen formados por éstos, se podrían dispersar, al llegar un día en el que sus semillas se descompusieran y volvieresen a su naturaleza. En consecuencia, si hay algo que los átomos no han hecho, ¿por qué no vamos a entender lo demás del mismo modo?

30. Pero, pregunto: ¿por qué no se edificaron los dioses un habitáculo para sí mismos antes de que estos fundamentos primordiales engendraran el mundo? Es decir, que a menos que los átomos se hubiesen unido y hubiesen hecho el cielo, los dioses estarían todavía suspensos en medio del vacío. 31. ¿Con qué entendimiento, con qué resolución se iban a congregiar los átomos de una multitud confusa para que, a partir de éstos, se conglobara abajo la tierra en forma de esfera y se extendiera arriba el cielo, que se diferencia con una variedad tan grande

de estrellas que no se puede pensar nada más hermoso? **32.** En consecuencia, quien vea tantas y tales cosas, ¿podría pensar que todo se ha realizado sin un entendimiento, sin una Providencia, sin una razón divina, es más, que tan grandes milagros se han reunido a partir de sutiles y pequeñas partículas? **33.** ¿No se asemeja a un prodigio³⁹ el que haya nacido un hombre que haya dicho estas cosas o que haya existido quien se las haya creído, como Demócrito, que fue su alumno, o Epicuro, hacia quien discurrió toda esta vanidad desde la fuente de Leucipo?

34. Pero, en efecto, como otros dicen, el mundo se ha hecho por la naturaleza, que carece de percepción y de forma. Esto es, con mucho, más absurdo todavía. Si la naturaleza ha hecho el mundo, es necesario que lo hubiera hecho con entendimiento y razón; en realidad, el que hace algo es porque tiene o voluntad de hacer algo o sabiduría para hacerlo. **35.** Si carece de percepción y de forma, ¿de qué modo puede realizar lo que tiene percepción y forma? A no ser que alguien juzgue, quizá, que la elaboración de los animales, tan sutil y tan admirable, pudo ser realizada y animada por uno que no percibía; o que la apariencia del cielo, que se ha dispuesto de una manera tan providencial para la utilidad de los vivientes, pudo llegar de repente a la existencia por no sé qué azar, sin un Creador y sin un Artífice.

36. Si hay algo –dijo Crisipo– que ha hecho lo que el hombre, aunque provisto de razón, no ha podido hacer, es por lo tanto evidente que es mayor, más fuerte y más sabio que el hombre⁴⁰. Pero el hombre no puede hacer las cosas celestes; por lo tanto, aquello que hace o que hizo estas cosas es supe-

rrior al hombre en habilidad, entendimiento, reflexión y poder. 37. Y ¿quién puede ser sino Dios? La naturaleza, a la que consideran como madre de todas las cosas, si no tiene espíritu, nunca podrá realizar nada, nunca podrá construir nada: pues donde no hay razonamiento, no existe movimiento alguno ni elaboración alguna. 38. Si se utiliza la reflexión para comenzar algo, la razón para establecerlo, la ciencia para realizarlo, el vigor para completarlo, el poder para regirlo y preservarlo, ¿por qué se la llama «naturaleza» antes que «Dios»? 39. Si el impacto de los átomos o la naturaleza que carece de espíritu realizaron lo que vemos, pregunto: ¿por qué pudo hacer el cielo pero no pudo hacer una ciudad o una casa? ¿Por qué hizo montes de mármol pero no hizo columnas y estatuas? 40. ¿Pero no debieron los átomos unirse para realizar estas cosas, si, de hecho, no dejan posición alguna sin experimentar? Tratándose, en efecto, de la naturaleza, que no tiene espíritu, no es de admirar que se haya olvidado de hacerlas. 41. ¿Qué ocurre, entonces? Es evidente que, cuando Dios comenzó la obra del mundo, que no puede estar mejor dispuesta al orden ni ser más apta a la funcionalidad ni estar más adornada para la belleza ni ser mayor en volumen, lo que no podía hacer el hombre, lo hizo Él mismo. Entre estas cosas también al hombre mismo, a quien dio una chispa de su sabiduría y lo instruyó con la razón, tanta como podía contener la fragilidad terrenal, para que él mismo hiciera para sí lo que necesitara para su uso.

42. Si, de hecho, en la república de este mundo, por así decirlo, no existe Providencia alguna que rija ni Dios alguno que administre ni domine en modo alguno ningún sentimiento en esta naturaleza de las cosas, ¿de dónde, entonces, se cree que ha nacido de forma tan habilidosa y tan inteligente el espíritu humano? 43. Si, en efecto, el cuerpo del hombre se ha hecho de tierra (*humo*), de donde el hombre (*homo*) ha recibido su nombre, el ánimo, en cambio, que conoce, que es el director del cuerpo, al cual los miembros están sometidos como a un rey y a un emperador, ese ánimo que no se puede ver ni com-

prender no pudo llegar al hombre si no es por una naturaleza con sabiduría. 44. Pero como el espíritu y el ánimo gobiernan todo el cuerpo, así también Dios gobierna el mundo. No es, por tanto, verosímil que lo menor y lo terrenal tengan gobierno y lo mayor y lo excelso no lo tengan.

45. Además, M. Cicerón, en sus *Tusculanas* y en sus *Consolaciones* dice: «No puede hallarse el origen de los ánimos en la tierra. Efectivamente –dice–, nada hay en los ánimos que sea mezclado y agregado o que parezca que haya nacido o haya sido hecho a partir de la tierra; nada hay húmedo, ventoso o ígneo. 46. No hay nada en el interior de estas naturalezas que tenga la fuerza de la memoria, del espíritu, del razonamiento, que mantenga el pasado, provea el futuro y pueda abrazar el presente, que son entidades solo divinas. Nunca se ha hallado de dónde le pueda esto venir al hombre si no es de Dios»⁴¹.

47. Si se exceptúa a dos o tres calumniadores infundados, se está de acuerdo en que la divina Providencia rige el mundo, así como también lo hizo; y no hay nadie que ose preferir el principio de Diágoras y de Teodoro o el vano comentario de Leucipo o la veleidad de Demócrito⁴² y de Epicuro⁴³ a la autoridad de aquellos primeros siete a los que se llamó sabios⁴⁴

o de Pitágoras⁴⁵ o de Sócrates o de Platón o del resto de los grandes filósofos que han juzgado que hay Providencia.

Falsa es también, por tanto, aquella opinión por la que creen que los sabios establecieron la religión por un motivo de terror o de miedo con el objetivo de que los ignorantes se abstuvieran de pecar. 48. Si esto fuese verdad, entonces los antiguos sabios se habrían burlado de nosotros; porque si hubiesen inventado la religión para engañarnos a nosotros e incluso a todo el género humano, entonces no habrían sido sabios, porque en el sabio no cabe la mentira. 49. Mas si hubiesen sido sabios⁴⁶, ¿habrían tenido una satisfacción tan grande de poder engañar no solo a los ignorantes, sino también de poder embaucar a Platón, a Sócrates, y de burlarse tan fácilmente de Pitágoras, de Zenón, de Aristóteles y de los principales de los movimientos [filosóficos] más importantes?

50. Por lo tanto, sí hay Providencia divina, como pensaron quienes acabo de nombrar; su fuerza y potestad ha hecho y rige todo lo que vemos. 51. Pues una magnitud tan grande de cosas, una disposición tan excelsa, una perseverancia tan magistral en conservar su orden y su momento no pudo surgir sin un Artífice prudente, ni puede subsistir por tantos siglos sin un habitante potente, ni puede ser gobernado perpetuamente sin un director experto y entendido, ya que esto lo manifiesta la razón misma. 52. Pues todo lo que existe que tiene razón, debe haber nacido de la razón. La razón es lo propio de la naturaleza del entendido y del sabio. Pero el sabio y el entendido por naturaleza no puede ser otro sino Dios. Enton-

ces, el mundo, al tener razón –con la que se rige y se mantiene–, ha sido hecho por Dios. **53.** Porque si Dios es el Creador y el gobernante del mundo, entonces se ha establecido recta y justamente la religión, pues al Hacedor y al Padre común de las cosas se le debe honra y veneración.

11. Sobre Dios y su unicidad, cuya Providencia rige y mantiene el mundo

1. Ya que hay acuerdo sobre la Providencia, se sigue que examinemos si hay que creer que esta procede de muchos o de uno solo.

2. En nuestras *Instituciones*⁴⁷ hemos mostrado ya suficientemente, según creo, que no puede haber muchos dioses, porque si se fracciona la fuerza y la potestad divinas entre muchos, estas deben disminuir necesariamente, y al disminuir, es evidente que son mortales. Pero si no son mortales, no pueden ni disminuir ni ser divididas. **3.** Por lo tanto, uno solo es Dios, en el que la fuerza y la potestad hallan su compleción sin poder ni disminuir ni aumentar. Pero si hay muchos, aunque cada uno tiene un poco de potestad y de dominio, el conjunto en sí mismo decrece; tampoco puede tener cada uno individualmente todo lo que es común a muchos: a cada uno le faltará tanto cuanto los demás posean.

4. Por tanto, no puede haber en este mundo muchos gobernantes ni en una sola casa puede haber muchos amos ni en una sola nave puede haber muchos timoneles ni en el ganado o en la grey puede haber muchos guías ni en un solo enjambre puede haber muchas reinas⁴⁸. Tampoco en el cielo podría haber muchos soles ni muchas almas en un solo cuerpo. De hecho, toda la naturaleza conviene en la unidad. **5.** Porque si al mundo

«un hálito lo alimenta desde dentro y, vertiéndose por sus articulaciones, un espíritu agita toda su masa y se mezcla con su gran cuerpo»⁴⁹, es evidente que, según el testimonio del poeta, un solo Dios es el habitante del mundo, ya que todo el cuerpo no puede ser habitado y regido sino por un solo espíritu. 6. Por lo tanto, es necesario que toda la divina potestad se conforme hacia un solo ser, con cuya autoridad y hegemonía todo se ha de regir. Tan grande es, por lo tanto, que el hombre ni puede expresarlo con palabras ni puede percibirlo con los sentidos.

7. ¿De dónde les ha llegado a los hombres, entonces, la opinión que los persuade de la existencia de muchos dioses? Sin duda, todos los que son honrados como dioses fueron hombres, concretamente, reyes antiquísimos y supremos. Pero ¿quién desconoce que estos recibieron honras divinas después de morir por la eficacia con la que favorecieron al género humano o que consiguieron inmortal memoria por los beneficios o hallazgos con los que mejoraron la vida de los hombres? Y no solo los hombres, sino también muchas mujeres. 8. Pues así lo enseñan los antiquísimos escritores de Grecia, a los que llaman «teólogos», y también los romanos, que han seguido y han imitado a los griegos. De entre todos ellos, principalmente Evémero y nuestro Ennio⁵⁰, los cuales muestran el nacimiento, la boda, la descendencia, la hegemonía, las hazañas, la muerte y el sepulcro de todos ellos.

9. Siguiendo a éstos, Tulio, en el tercer libro *Sobre la naturaleza de los dioses*⁵¹, destruyó las religiones públicas, pero la verdadera, la que ignoraba, ni este ni ningún otro pudo introducirla. 10. Por lo tanto, él mismo dio testimonio de que lo falso saltaba a la vista; la verdad, en cambio, estaba latente.

«¡Ojalá –dijo– pudiese yo encontrar tan fácilmente lo verdadero como es tan fácil convencer de lo falso!»⁵². Y esto lo expuso no con fingimiento, como un Académico⁵³, sino de veras y según el parecer de su ánimo, porque con los sentidos humanos no se puede nunca arrancar la verdad; todo lo que la previsión humana pudo comprender, él lo comprendió al descubrir lo falso. En realidad, todo lo que es ficticio e inventado, al no apoyarse en la razón, se destruye fácilmente. 11. Un único Dios es, pues, el autor y el origen de las cosas, como Platón consideró y enseñó en el *Timeo*⁵⁴, cuya majestad es tan grande –asegura– que ni el espíritu lo puede comprender ni la lengua lo puede expresar.

12. El mismo testimonio ofrece Hermes, del cual Cicerón dijo que pertenecía al número de los dioses entre los egipcios⁵⁵; este, que por su utilidad y sabiduría en muchas disciplinas se le llamó «Tres-veces-grande»⁵⁶, fue incluso muy anterior no solo a Platón, sino también a Pitágoras y a aquellos siete sabios. 13. En Jenofonte⁵⁷, Sócrates debate diciendo que no con-

viene escrutar la figura de Dios⁵⁸, y Platón dice en los libros de *Las leyes*: lo que Dios es en realidad no debe ser investigado, porque no puede ni ser hallado ni ser expuesto⁵⁹. 14. Pitágoras también confiesa que Dios es uno al decir que existe un espíritu incorpóreo que, difundándose y extendiéndose por la naturaleza entera de las cosas, concede una percepción vital a todos los seres vivos⁶⁰. Antístenes⁶¹ dijo en su *Física* que único es el Dios natural, aunque los pueblos y las ciudades tengan sus propios dioses⁶². 15. Casi lo mismo dicen Aristóteles junto a sus peripatéticos y Zenón con sus estoicos⁶³.

Dilatado es examinar cada uno de estos principios; sin embargo, aunque hayan utilizado nombres diversos, todos convienen en una sola potestad que rige el mundo. 16. Si bien a menudo confiesan al Dios Altísimo tanto los filósofos como los poetas y los que, en definitiva, veneran a los dioses, de su culto y de su honra, sin embargo, nadie los ha tenido en cuenta, nadie ha hablado de ellos. En realidad, por aquella persuasión que les hacía creer que siempre era benefactor e incorrupto, juzgaron que no se encolerizaba con nadie ni requería de culto alguno. Por eso no puede haber religión donde no hay miedo alguno.

12. Sobre la religión y el temor de Dios

1. Dado que hemos respondido a un saber impío y, en cierta manera, odioso, o mejor dicho, a una locura, volvamos ahora a nuestro propósito⁶⁴.

2. Hemos dicho que si se suprime la religión no se pueden mantener ni la sabiduría ni la justicia, porque la sabiduría es el intelecto de la divinidad, aquello en lo que nos diferenciamos de las bestias, y en el hombre solo se puede hallar la justicia, porque, si Dios, que no puede ser engañado, no reprimiera nuestros deseos con ella, viviríamos en el asesinato y en la impiedad. 3. En consecuencia, el que Dios observe nuestros actos no concierne solo a la utilidad de la vida común, sino también a la verdad. Porque una vez eliminadas la religión y la justicia, nos hundimos o bien en la necedad de los animales que no tienen razón o bien en la crueldad de las bestias o incluso más allá, ya que las bestias se refrenan al menos de los animales de su propia especie. 4. ¿Qué puede ser más atroz, qué más cruel que el hombre, si una vez eliminado un miedo superior, pudiese engañar o despreciar el vigor de las leyes?

5. Por lo tanto, solo el temor de Dios es el que ampara la recíproca sociedad de los hombres, por la cual la misma vida se mantiene, se preserva, se gobierna. Este temor quedaría excluido si se convenciera al hombre de que Dios está privado de ira. De esto mismo, de que este se conmueve y se indigna cuando se comete algo injusto, nos persuade no solo la utilidad común, sino también la razón misma y la verdad.

Debemos volver de nuevo a los puntos que hemos indicado más arriba: puesto que hemos mostrado que el mundo ha sido hecho por Dios, mostremos ahora por qué ha sido hecho.

13. Sobre la conveniencia y el uso del mundo y de sus fases

1. Si alguien considerara la entera organización del mundo, entendería de hecho qué cierta es la opinión de los estoicos, que dicen que el mundo ha sido construido por nuestra causa.

Todo aquello de lo que el mundo se compone y que Él engendra a partir de sí mismo ha sido dispuesto para la utilidad del hombre. 2. Este se sirve del fuego para calentarse e iluminarse, para ablandar los alimentos y para trabajar el hierro. Se sirve de las fuentes para beber y para lavarse; de los ríos para regar los campos y poner lindes a las regiones. Se sirve de la tierra para recoger una gran variedad de frutos, de las llanuras para los trigales, de los montes para plantar viñedos, de los montes para utilizar los árboles y la leña; se sirve del mar no solo para comerciar y para traer riquezas de lejanas regiones, sino también para beneficiarse con la abundancia de toda clase de pescados.

3. Y si se vale de estos elementos que tiene cerca, no cabe ninguna duda de que también se sirve del cielo, porque la función de las cosas celestes ha sido establecida para hacer fértil la tierra en la que vivimos. 4. El sol recorre sus órbitas anuales con movimientos ininterrumpidos y en espacios desiguales: el nacimiento del día llama al trabajo, el ocaso trae la noche para reposar. Unas veces alejándose hacia el sur y otras veces acercándose más hacia el norte, produce la sucesión de invierno y de verano para que con la humedad y la escarcha invernales la tierra crezca en riqueza, y con los calores estivales las plantas herbáceas se endurezcan madurando o para que lo que esté en los humedales, madure al calentarse y abrasarse.

5. También la luna, gobernadora del intervalo nocturno, modera los periodos mensuales alternando la luz que retira y ofrece, e ilumina con el resplandor de su claridad las noches cegadas por terribles tinieblas, para que se puedan preparar los viajes, las campañas y las obras del verano sin fatiga ni penalidad. Realmente, «de noche se cosechan mejor los tallos livianos, de noche, los áridos prados»⁶⁵.

También los demás astros proporcionan, ya sea con su salida, ya sea con su ocaso, las ocasiones propicias según determinadas estaciones. 6. También a los barcos ofrecen una guía para que no vaguen por la inmensidad del mar con una trayectoria errabunda y, siempre que el timonel los observe escrupulosamente, se llegará al puerto del litoral establecido. 7. Con el soplo de los vientos se atrae a las nubes para que empañen los sembrados con las lluvias, para que las vides crezcan en abundancia con sus frutos; los árboles, con sus frutas. Y todo esto se manifiesta de manera cíclica, alternándose sucesivamente, para que no falte en ningún momento aquello con lo que la vida de los hombres se sostiene.

La misma tierra nutre a los demás seres vivos y con su fruto son alimentadas las bestias sin habla. 8. ¿Acaso se ha esforzado tanto Dios por los animales sin habla? De ningún modo, ya que carecen de razón. Más bien entendemos que, de idéntica manera, Dios ha hecho estos animales para que el hombre los usara, bien como alimentación, bien como prendas de vestir, bien como ayuda para sus obras, de tal modo que quede manifiesto que la Providencia divina ha querido realizar y adornar la vida de los hombres con una gran abundancia de cosas y de riquezas; por esta misma causa llenó el aire de pájaros, el mar de peces y la tierra de cuadrúpedos.

9. No obstante, cuando los académicos⁶⁶ debaten estas cosas en oposición a los estoicos, suelen preguntar por qué, si Dios ha creado todo a causa del hombre, se hallan también muchas cosas que nos son contrarias, incluso hostiles y destructivas, tanto en el mar como en la tierra. 10. Sin considerar la verdad, se opusieron los estoicos a esta afirmación de un modo necio, pues dicen que hay muchas cosas en lo que se en-

gendra y en el número de los animales cuya utilidad todavía no se conoce, sino que esta será descubierta en el curso del tiempo, tal como la necesidad y el uso han descubierto en esta época muchas cosas que estaban escondidas en los siglos precedentes. **11.** ¿Qué utilidad, en fin, se puede hallar en los ratones, en los insectos, en las serpientes, que son desagradables y perniciosos para el hombre? ¿Se esconde en ellos algún poder curativo? Si este existe, se hallará en algún momento, precisamente para luchar contra los males, ¡cuando aquellos se quejan precisamente de eso, de que el mal existe! **12.** Dicen que si se quema una serpiente y se convierte en ceniza, puede curar a los animales a los que había mordido. ¡Cuánto mejor hubiese sido que esta no existiese a desear que el remedio contra ella provenga de ella misma!

13. En realidad, pudieron responder con más brevedad y con mucha más verdad del siguiente modo. Al formar Dios al hombre a su imagen, como era el culmen de su hechura divina, solo a él le inspiró sabiduría para que sometiera todo a su poder y a su autoridad y para que utilizara todas las oportunidades del mundo. Sin embargo, colocó delante de él tanto lo bueno como lo malo, ya que le había concedido la sabiduría, cuya índole, toda ella, es discernir lo malo y lo bueno. **14.** En efecto, nadie puede elegir lo mejor y saber qué es bueno si no sabe al mismo tiempo rechazar y evitar lo que es malo. Ambos conceptos están relacionados entre sí, de modo que si se suprime uno de ellos, se debe quitar también el otro. **15.** Cuando lo bueno y lo malo están delante de él, es entonces precisamente cuando la sabiduría cumple su cometido: desea lo bueno para utilizarlo, rechaza lo malo para vivir saludablemente.

16. En consecuencia, así como se le han dado⁶⁷ innumerables bienes de los que poder disfrutar, del mismo modo se le

han dado males de los que tener que precaverse. Pues si no hubiera ningún mal, ningún peligro, nada en definitiva que pudiese perjudicar al hombre, se le quitaría a la sabiduría toda materia y no sería necesaria al hombre. 17. Puestos solo delante y en presencia del bien, ¿qué necesidad hay de la reflexión, de la inteligencia, de la ciencia, de la razón, si adondequiera que se extendiera la mano, eso sería idóneo y apropiado a su naturaleza? Como si alguien quisiera preparar una copiosísima cena a unos bebés que todavía no saben comer; es evidente que cada uno deseará aquello a que le ha empujado su afán, su hambre o cualquier otro motivo, y todo lo que cogieran les sería nutritivo y saludable. 18. Entonces, ¿qué les perjudicará el permanecer como son y ser siempre unos bebés que no conocen las cosas? Pero si mezclas lo amargo, lo inútil, incluso lo venenoso, se les engaña obviamente, porque ignoran el bien y el mal, a menos que les sobrevenga la sabiduría, por medio de la cual sentirán un rechazo por lo malo y un deseo por lo bueno.

19. Ya ves, en consecuencia, que tenemos gran necesidad de la sabiduría a causa de los males, porque si éstos no hubiesen sido colocados ante el hombre, no seríamos un animal racional. 20. Si es verdadero este argumento, que de ningún modo pudieron ver los estoicos, se disuelve, entonces, aquel juicio de Epicuro. Dios –dijo– o bien quiere quitar lo malo y no puede, o bien puede y no quiere, o bien ni quiere ni puede, o bien quiere y puede. 21. Si quiere y no puede, es débil, lo que no puede acontecer en Dios. Si puede y no quiere, es un envidioso, lo que también es ajeno a Dios. Si ni quiere ni puede, es envidioso y débil, y, por lo tanto, no es Dios. Si quiere y puede, que es lo único apropiado para Dios, ¿de dónde proceden, entonces, los males? ¿Por qué no los ha suprimido?

22. Sé que la mayoría de los filósofos que defienden la Providencia suelen quedar desazonados por este argumento y se ven casi obligados, en contra de su voluntad, a confesar que Dios no se preocupa de nada, que es lo que principalmente

Epicuro busca. Pero, tras examinarlo con la razón, nosotros destruimos fácilmente este argumento formidable. **23.** En efecto, Dios puede aquello que quiera, y en Él no hay ni debilidad ni tampoco envidia. Entonces, puede quitar los males, pero no quiere, y no por ello es envidioso. No los quita a propósito porque también ha concedido a la vez, como ya he mencionado, la sabiduría, y hay un mayor bien y gozo en la sabiduría que contrariedad en el mal. La sabiduría hace que también conozcamos a Dios y, por medio de este conocimiento, adquiramos la inmortalidad, que es el sumo bien.

Así pues, a menos que conozcamos primero el mal, no podemos conocer el bien. **24.** Pero esto no lo vio Epicuro ni ningún otro: si se quita el mal, se quita a la vez la sabiduría y no queda en el hombre ningún rastro de la virtud, cuya índole consiste en soportar y superar el mal con fortaleza. **25.** Así pues, por el exiguo beneficio de quitar los males, careceríamos de un bien capital, verdadero y oportuno. Es manifiesto, entonces, que todo ha sido concedido a causa del hombre, tanto los males como los bienes.

14. Por qué hizo Dios al hombre

1. Se sigue que hagamos ver por qué Dios ha hecho al hombre mismo.

Así como ideó el mundo a causa del hombre, así ideó al hombre por su propia causa, como sumo sacerdote de su divino templo, como observador de las obras y de las cosas celestes. **2.** Solo él es, en efecto, el que percibe, el que tiene la capacidad de raciocinio, el que puede entender a Dios, el que puede admirarse de la obra de este, el que puede contemplar su fuerza y potestad. Por eso lo formó con juicio, espíritu y prudencia. Por eso solo a él, a diferencia de los demás seres vivos, lo ha hecho con un cuerpo y una condición erguidos para que pareciera que se elevaba hacia la contemplación de su padre. Por eso solo él recibió la palabra que se pronuncia y la

lengua, intérprete del pensamiento, para poder narrar la majestad de su Señor. Por eso, en último lugar, se le ha sometido todo para que él se sometiese a su Hacedor y Creador, Dios.

3. En consecuencia, si Dios ha querido que el hombre fuese su adorador y le ha concedido por ese motivo tanta distinción, para que fuese el señor de todas las cosas, es evidente que es justísimo amar a quien le ha distinguido con tan grandes bienes y al hombre que se ha unido a nosotros en la comunión del derecho divino. Es impío, entonces, que el adorador de Dios sea profanado por el adorador de Dios. 4. Por eso se entiende que al hombre se le ha formado con vistas a la religión y a la justicia; de esto es testimonio también Marco Tulio en los libros de *Las leyes*, cuando dice: «Pero de todas las cosas que son tratadas en los debates de los sabios, nada hay más excelente que el que se entienda claramente que hemos nacido para la justicia»⁶⁸. 5. Si esto es de veras muy cierto, entonces, Dios quiere que todos los hombres sean justos, es decir, que se tenga estima a Dios y a los hombres, esto es, que se honre a Dios como Padre y que se ame al hombre como hermano. En estos dos principios consiste toda la justicia. Quien, por consiguiente, no reconoce a Dios o perjudica al hombre, vive injustamente y en contra de su naturaleza y rompe de este modo el propósito y la ley divinos.

15. De dónde le han llegado al hombre los pecados

1. Aquí quizá pueda uno preguntar de dónde le han llegado al hombre los pecados o qué deformidad ha distorsionado la regla del propósito divino hacia lo peor, de modo que, aunque haya nacido para la justicia, sin embargo, hace obras injustas.

2. Ya he explicado más arriba que Dios ha colocado delante del hombre, a la vez, el bien y el mal, que Él ama el bien y odia el

mal, que es lo contrario del bien. No obstante, ha permitido el mal para que el bien se distinga, porque, como he demostrado varias veces, entendemos que no puede subsistir el uno sin el otro.

En definitiva, el mismo mundo ha sido unido a partir de dos elementos que se repulsan y que se vinculan entre sí: el fuego y la humedad; no podría existir la luz si no existieran las tinieblas, como no puede existir lo superior sin lo inferior, ni el oriente sin el occidente, ni el calor sin el frío, ni lo suave sin lo duro. **3.** Así también nosotros hemos sido compuestos a partir de dos elementos que se repulsan igualmente, el alma y el cuerpo; de estos, uno se destina al cielo, porque es tenue e intangible, y el otro a la tierra, porque es perceptible. El uno es sólido y eterno, el otro frágil y mortal. En consecuencia, a uno se le asocia el bien y al otro el mal. A uno, la luz, la vida y la justicia; al otro, las tinieblas, la muerte y la injusticia. **4.** De aquí sale la corrupción de la naturaleza en los hombres, para que fuese necesario establecer una ley con la que se puedan prohibir los vicios y prescribir los deberes de la virtud. **5.** Como se dan en los asuntos humanos lo bueno y lo malo, cuya índole ya he explicado, es necesario que Dios se mueva hacia las dos partes, a la gracia cuando ve que se hace lo justo, y a la ira cuando observa lo injusto.

6. Pero Epicuro nos objeta diciendo: si en Dios hay un sentimiento de regocijo hacia la gracia y de odio hacia la ira, debe tener también temor, pasión, deseo y los demás sentimientos que son propios de la debilidad humana⁶⁹. **7.** No debe temer quien se enfurece ni debe lamentarse quien está lleno de gozo; es más, los iracundos son menos tímidos, y los alegres por naturaleza se lamentan menos. ¿Qué necesidad hay de hablar de los sentimientos humanos, ante los cuales nuestra fragilidad sucumbe?

Examinemos la necesidad divina. No quiero hablar, en efecto, de naturaleza (*naturam*) porque nosotros creemos que nuestro Dios nunca ha nacido (*natus*). 8. El sentimiento de temor tiene materia en el hombre, pero en Dios no la tiene. El hombre, ya que está sometido a muchos avatares y peligros, teme que en algún lugar exista una fuerza mayor que a él lo fustigue, lo despoje, lo hiera, lo aflija, lo mate. Dios, en cambio, a quien no le afecta ni la carencia ni la injuria ni el dolor ni la muerte, no puede de ningún modo tener miedo, ya que no hay nada que le pueda hacer violencia. 9. Asimismo, la condición y la causa de la pasión son obvias en el hombre. Porque, al ser hecho frágil y mortal, fue necesario que se hiciera un segundo sexo diverso, de modo que su unión con el primero pudiera engendrar descendencia para mantener perpetuamente la especie. 10. Esta pasión, sin embargo, no tiene cabida en Dios, porque tanto la fragilidad como la muerte son ajenas a Dios, ni tampoco puede haber junto a él una mujer con la que pueda gozar en la cópula ni tiene necesidad de sucesión, porque siempre ha de ser. 11. Y lo mismo se puede decir de la envidia y del deseo que, por causas claras y evidentes, suceden en el hombre pero de ningún modo en Dios. 12. Sin embargo, tanto la gracia como la ira y la conmisericordia tienen materia en Dios, y de ella se sirve justamente aquella altísima y sin par potestad para la conservación de las cosas.

16. Sobre Dios, su ira y sus sentimientos

1. Alguno se preguntará: ¿cuál es esa materia? En primer lugar, los hombres que sufren sucesos desgraciados, a menudo se refugian en Dios, se calman, hacen súplicas con la creencia de que Él los puede salvar de estas penalidades. Dios tiene, por lo tanto, motivo para conmovirse. Ni es tan severo ni tan despreciativo con los hombres que niegue su ayuda a quienes se hallan en apuros. 2. Asimismo, muchísimos, persuadidos de que a Dios le agrada la justicia, lo veneran a Él, que es Señor

y Padre de todo, y con súplicas frecuentes y constantes le ofrecen regalos y sacrificios, ensalzan su nombre con alabanzas y se esfuerzan en alcanzar méritos ante Él con obras justas y buenas. Hay, pues, causa por la que Dios pueda y deba ser grato. **3.** Pues si nada le es tan apropiado a Dios como la beneficencia, nada le es tan ajeno como el ser ingrato; es necesario que con algo distinga los servicios de los mejores y de los que viven santamente, y que les devuelva algo a su vez, para que no caiga en el delito de la ingratitud, que es también algo perverso en el hombre.

4. Por el contrario, otros son facinerosos e impíos, contaminan todo con sus pasiones, ofenden con sus asesinatos, engañan, roban, perjuran, ni siquiera respetan a sus familiares y a sus padres, rechazan las leyes e incluso al mismo Dios. Por eso, la ira tiene en Dios materia. **5.** No es justo, en efecto, que, cuando ve que se hacen tales cosas no se conmueva, no se alce para vengarse de los criminales ni suprima a los perversos malhechores con el fin de satisfacer a todos los buenos; por eso, dentro de la misma ira se halla también su gratitud.

6. Vanas y falsas resultan, por consiguiente, las razones de quienes no admiten que Dios se enfurezca pero sí que muestre su favor, porque esto no puede suceder sin la ira, o de quienes creen que en Dios no hay ninguna conmoción del ánimo. **7.** Y puesto que hay algunos sentimientos que no le corresponden a Dios, como la pasión, el temor, la avaricia, la tristeza o la envidia, han afirmado que Dios está libre de todo sentimiento. Efectivamente, está libre de ellos porque son sentimientos de vicios; pero de aquellos, en cambio, que lo son de virtud, como por ejemplo la ira contra los malos, la caridad con los buenos y la compasión con los afligidos, ya que son dignos de la potestad divina, los tiene por propios, justos y verdaderos. **8.** De hecho, si no los tuviera, la vida humana quedaría desorientada y el estado de las cosas derivaría a una confusión tan grande que, despreciadas y superadas las leyes, solo reinaría la osadía, de modo que ya nadie podría vivir seguro a no ser el que pre-

valeciera gracias a sus fuerzas. Así pues, toda la tierra quedaría assolada como por un latrocinio común. Sin embargo, dado que a los malos les espera el castigo, a los buenos la gracia y a los afligidos el consuelo, hay lugar para las virtudes y los crímenes ocurren muy raramente. 9. Y no obstante, las más de las veces los criminales son más felices, los buenos más desgraciados y los justos son ultrajados impunemente por los injustos.

Más adelante consideraremos por qué ocurren estas cosas. Mientras tanto, expliquemos la ira: si en Dios existe cierta ira o si no se preocupa en absoluto de ninguna de las dos cosas ni se conmueve por aquello que se lleva a cabo impiamente.

17. Sobre Dios, su cuidado y su ira

1. Dios, dice Epicuro⁷⁰, no se preocupa de nada; por eso no tiene ningún poder, ya que, quien lo tiene, debe preocuparse. Si tiene y no lo utiliza, ¿cuál es este motivo de desapego, que tan importante es, para que le parezca tan vil no digo solo nuestra raza, sino el mundo entero? 2. Por eso, dijo, es incorruptible y feliz, porque siempre está quieto. En consecuencia, ¿a quién se le ha concedido el gobierno de cosas tan grandes, si Dios ha rechazado lo que vemos que se gobierna con una excelsa razón? ¿Puede estar de algún modo quieto quien vive y siente?

La quietud pertenece, pues, al sueño o a la muerte. 3. Pero ni siquiera el sueño tiene reposo, pues cuando dormimos, el cuerpo ciertamente descansa, pero el ánimo está agitado e inquieto: modela para sí las imágenes que observa con el fin de ejercer su movimiento natural en la variedad de lo que ha visto y se separa de las falsas hasta que sus miembros se colmen y retomen fuerzas del reposo. 4. Por eso, el reposo eterno es solo

el de la muerte. Si a Dios no le atañe la muerte, entonces Dios nunca está en reposo. Y ¿cuál puede ser la acción de Dios si no es el gobierno del mundo? Si se preocupa del mundo, entonces se preocupa de la vida de los hombres, tiene en cuenta los actos de cada uno y desea que estos sean buenos y sabios. 5. Esta es la voluntad de Dios, esta es la ley divina; quien la sigue, quien la observa le es grato a Dios. Por lo tanto, debe comoverse con la ira contra quien violara o rechazara esta ley divina y eterna.

6. Si Dios daña a alguien, dijo, entonces ya no es bueno. Con un error no pequeño se equivocan quienes difaman la censura humana o divina con el apelativo de dureza o de malicia, al creer que conviene llamar dañino a quien inflige un castigo a los que dañan. Si esto es así, entonces debemos considerar las leyes como dañinas porque sancionan a los transgresores con padecimientos, a los jueces como dañinos, porque infligen a los condenados por un crimen un castigo capital. 7. Pero si la ley es justa porque otorga al que daña lo que se merece, y se dice que el juez es íntegro y bueno cuando venga lo que se ha hecho mal —en realidad, guarda la salud de los buenos quien castiga a los malos—, entonces tampoco Dios es dañino cuando se opone a los malos: es dañino, en cambio, quien daña al inocente o quien no castiga al que hace daño, de modo que aquel pueda seguir haciendo daño a otros muchos.

8. Me gustaría preguntar lo siguiente a los que hacen a Dios inmóvil: si alguien tiene hacienda, casa, servidumbre y esclavos que desprecian la paciencia del amo, usurpan todas las cosas, disfrutan de sus bienes —a estos honra la servidumbre mientras que el amo es despreciado, burlado, abandonado por todos—, ¿puede ser sabio quien no venga tales afrentas, quien sufre el que abusen de las cosas aquellos sobre los que tiene poder? ¿Se puede hallar una paciencia tan grande en alguien? Si es que se ha de denominar paciencia y no más bien cierto aturdimiento insensible.

9. Pero es fácil soportar el desprecio. ¿Cómo es posible que ocurra lo que cuenta Cicerón? «En realidad, me pregunto si

un padre⁷¹ sometería a un suplicio más que atroz al siervo que hubiese asesinado a sus hijos, hubiese matado a su mujer y hubiese incendiado su casa. ¿Se le ha de considerar clemente y compasivo, o inhumano y crudelísimo?»⁷². 10. De hecho, el desentenderse de estos crímenes es más propio de la crueldad que de la piedad. Por lo tanto, no es propio de la virtud que existe en Dios el que este no se conmueva por lo que se hace injustamente. 11. El mundo es, en realidad, como la casa de Dios y los hombres, como sus siervos. Si estos se mofan de su nombre, ¿cuánta paciencia debe tener y de qué naturaleza es esta para que renuncie a sus honores, para que vea que se comete lo que es depravado e inicuo sin enfurecerse, lo que es propio y natural de Él, a quien no agradan los pecados? 12. Por eso, pertenece a la razón el enfurecerse; así se suprimen los delitos y se refrena el libertinaje, lo que, obviamente, ocurre con justicia y sabiduría.

Pero los estoicos no han visto que hay una distinción entre lo recto y lo depravado, que existe una ira justa e injusta, y como no hallaban el remedio de este asunto, la quisieron suprimir de raíz. Los peripatéticos, en cambio, dijeron que no había que suprimirla, sino moderarla; a estos les hemos respondido suficientemente en el sexto libro de las *Instituciones*⁷³.

13. Que los filósofos desconocían cuál era la condición de la ira resulta evidente de sus definiciones, que Séneca mencionó en los libros que compuso *Sobre la ira*⁷⁴: «La ira es –dijo– el deseo de vengar la injuria. O, como dice Posidonio, la definen como el deseo de castigar a quien crees que te ha herido».

Otros la definieron de este modo: «La ira es predisposición del ánimo a dañar a quien ha dañado o ha querido dañar». La definición de Aristóteles no se aparta mucho de la nuestra. Dice, en efecto, que «la ira es el deseo de resarcirse del dolor»⁷⁵.

14. Esta es la ira a la que nosotros hemos llamado más arriba injusta, la que tienen las bestias sin habla; en el hombre, en cambio, se ha de refrenar para que no cometa un gran mal por medio del furor. Esta no puede estar en Dios porque es invulnerable; en el hombre, en cambio, que es frágil, sí se halla. La herida, pues, enciende el dolor y el dolor engendra el deseo de venganza. **15.** ¿Dónde está, entonces, aquella ira justa contra los delincuentes? Este no es, obviamente, el deseo de venganza porque no le precede la injuria. **16.** No me refiero a esos que pecan contra las leyes, contra quienes, sin embargo, el juez puede enfurecerse sin cometer falta alguna; imaginemos, sin embargo, que él tiene el ánimo aplacado cuando dicta una sentencia a quien hace daño, ya que está subordinado a las leyes y no a su ánimo o a su propio poder. Así lo quieren quienes intentar erradicar la ira. Pero yo me refiero sobre todo a los que están bajo nuestro poder, como nuestros siervos, como nuestros hijos, como nuestras mujeres, como nuestros discípulos: cuando vemos que cometen una transgresión, nos sentimos incitados a refrenarlos.

17. Es necesario, pues, que al bueno y al justo le disguste lo que es depravado; y aquel a quien le disgusta lo malo, se conmueve cuando ve que se hace el mal. Entonces nos alzamos para vengarnos, no porque estemos heridos, sino para que se preserve la disciplina, se corrijan las costumbres y se reprima el libertinaje. **18.** Esta es la justa ira que, así como es necesaria en el hombre para corregir lo depravado, del mismo modo, evidentemente, es necesaria en Dios, de quien le viene el ejemplo al hombre.

19. Entonces, así como nosotros debemos reprimir a quienes están sometidos a nuestro poder, así también Dios debe reprimir los pecados de todos. Para que así lo pueda hacer, es necesario que se enfurezca, ya que es natural al bueno que se conmueva y se vea azuzado por el pecado del otro. 20. Entonces debieron dar esta definición: la ira es el movimiento del ánimo que se subleva para reprimir los pecados. Pues la definición de Cicerón —«la ira es el deseo de vengarse»³⁷⁶— no dista mucho de las mencionadas más arriba. 21. Sin embargo, la ira que podemos denominar furor o iracundia no debe hallarse en el hombre porque es toda ella perversa. En cambio, de la ira que concierne a la corrección de los vicios no se puede despojar ni al hombre ni a Dios, porque es útil y necesaria a los asuntos humanos.

18. Sobre los pecados que se deben vengar: no se puede hacer sin ira

1. ¿Qué necesidad hay de la ira, dicen, cuando se pueden corregir estos pecados sin este sentimiento?

No hay nadie que pueda ver con tranquilidad cometer un pecado. Quizá pueda tener esta tranquilidad quien defienda las leyes, puesto que el delito no se comete ante sus ojos, sino que procede de otro lugar como algo dudoso: nunca puede existir un delito que sea tan evidente que no haya lugar para su defensa. Por eso, puede ser que el juez no se conmueva contra aquel que puede hallar inocente. Cuando viene a la luz un delito desmascarado, entonces no se usa su parecer, sino el de las leyes. 2. Sin embargo, se puede conceder que haga sin ira lo que hace, pues tiene lo que ha de seguir. Cuando son los nuestros los que pecan en nuestra casa, si lo vemos o lo oímos, ciertamente debemos indignarnos. La visión misma del pecado es indignante.

3. Pues quien no se conmueve en absoluto, o aprueba los delitos, lo cual es lo más infame e injusto que hay, o se evita la molestia de castigar, molestia que un ánimo sereno y un espíritu en calma desprecia y rechaza, a menos que no lo agujee y lo estimule la ira. Cuando este no se conmueve, sino que, con una inoportuna condescendencia, disculpa más a menudo de lo que debe o incluso siempre y continuamente, destruye obviamente la vida de estos, cuya audacia fomenta para cometer crímenes mayores, y se proporciona a sí mismo un motivo continuo de inconvenientes. Erróneo es, entonces, el reprimir su ira en los pecados.

4. Se suele alabar a Arquitas de Tarento⁷⁷, ya que, cuando averiguó que todo en su hacienda estaba corrupto por⁷⁸ culpa de su capataz, dijo: «¡Desgraciado, te habría matado a latigazos si no hubiera estado airado!». 5. Este lo consideran un ejemplo único de temperancia; inducidos, sin embargo, por su autoridad, no ven de qué manera tan inapropiada habló y actuó. Pues si nadie que sea prudente, como dice Platón⁷⁹, castiga porque se ha cometido una falta, sino con el fin de que no se vuelva a cometer, es evidente qué ejemplo tan funesto ha propuesto el sabio. 6. En efecto, si los siervos creen que el amo se comporta violentamente cuando no se encoleriza mientras que se contiene cuando se encoleriza, no cometerán, obviamente, faltas con un carácter leve para no ser fustigados, sino que intentarán cometer faltas gravísimas para estimular su irritación y escapar impunemente.

7. Yo, empero, lo alabaría si, cuando estuviese airado, le diese espacio a su propia ira para que, asentándose en un intervalo de tiempo la conmoción del alma, el castigo fuese me-

surado. 8. En consecuencia, no se debe dar un castigo según el tamaño de la ira, sino que se debe aplazar para que no imprima con fuego al pecador un dolor mayor de lo que es justo o para que no vuelva furioso al que castiga. Ahora bien, ¿qué ecuanimidad o qué sabiduría hay en que se castigue a alguien por un delito minúsculo y que no sea castigado por uno mayúsculo? 9. Porque si se ha reconocido la naturaleza y las causas de las cosas, nunca se revelará la moderación tan inapropiada como cuando se congratula un siervo de que su amo esté airado con él. 10. Pues así como Dios dotó al cuerpo humano de muchos y diversos sentidos para que los utilizaran en las cosas necesarias de la vida, así también concedió al ánimo diversos sentimientos con los que se fijara la disposición racional de la vida, de modo que tuviese tanto la pasión para engendrar su descendencia como la ira para reprimir los delitos. 11. Pero los que ignoran los límites de lo bueno y de lo malo, así como utilizan la pasión para sus seducciones y sus caprichos, así también usan el sentimiento de la ira para hacer daño a aquellos a los que tienen odio. En consecuencia, también se encolerizan con los que no cometen una falta, incluso se encolerizan con los de igual rango o superiores. De aquí que se apresuren diariamente a crímenes mayores; de aquí nacen a menudo las tragedias.

12. Por consiguiente, se debería haber alabado a Arquitas si, airado con algún ciudadano o con uno de igual rango que le hubiese hecho una injuria, también se hubiese, empero, reprimido y hubiese mitigado con paciencia el impulso de su furor. Esta contención sí es gloriosa, porque con ella se reprime una desgracia enorme e inminente. En cambio, el no refrenar las faltas de los siervos o de los hijos es una falta, pues escapan por su impunidad y se dirigen a un mal mayor. Aquí no hay que reprimir la ira, sino que, si está apagada, hay que estimularla.

13. Y lo que decimos sobre el hombre vale también para Dios, ya que hizo al hombre parecido a sí [mismo]. Prescindo de hablar sobre la figura de Dios, porque los estoicos dicen

que Dios no tiene ninguna imagen: se originaría otro tema enorme si quisiera refutarlos. Solo hablo del ánimo. 14. Si a Dios le corresponde reflexionar, saber, entender, proveer, distinguir, y de todos los animales, sin embargo, solo tiene todo esto el hombre, entonces este ha sido hecho a semejanza de Dios. Pero si se orienta hacia el vicio, ya que ha sido mezclado con la fragilidad terrenal, no puede conservar íntegro y puro lo que ha recibido de Dios, a menos que el mismo Dios le infunda los preceptos de la justicia.

19. Sobre el alma, el cuerpo y sobre la Providencia

1. Pero, dado que ha sido constituido, como ya hemos dicho, a partir de dos elementos, el ánimo⁸⁰ y el cuerpo; uno contiene las virtudes, el otro, los vicios, y el uno al otro se combaten entre sí. Lo bueno del ánimo, que consiste en la represión de las pasiones, es lo contrario del cuerpo; lo bueno del cuerpo, que consiste en toda clase de deseos, es enemigo del ánimo. 2. Pero si la virtud del ánimo se enfrenta a los deseos y los reprime, será ciertamente parecida a Dios. Por esto, es evidente que el alma del hombre, que ha recibido la virtud divina, no es mortal.

3. Pero el punto decisivo reside en lo siguiente: dado que la virtud supone la penalidad y dulce es la seducción del deseo, muchos son vencidos y se desvían a lo placentero. Los que se han entregado al cuerpo y a las cosas terrenas, se sienten presionados hacia la tierra y no pueden alcanzar la gracia del don divino, porque se han contaminado con sus caídas en los vicios. 4. En cambio, los que han seguido a Dios y le han obedecido, han despreciado los deseos de su cuerpo y, prefiriendo

la virtud a sus apetencias, han conservado la inocencia y la justicia; a estos Dios los reconoce como semejantes a Él.

5. Por eso, al imponer su santísima ley, quiere que todos sean inocentes y benefactores; ¿puede, de veras, no encolerizarse cuando ve que su ley es despreciada, la virtud rechazada y los apetitos deseados? 6. Porque si es el rector del mundo, como debe ser, es indudable que no desprecia lo que es obviamente lo más grande del mundo. Si es providente, como conviene a Dios, asiste naturalmente al género humano para que nuestra vida sea más rica, mejor y más segura. Si es Padre y Señor de todas las cosas, ciertamente se deleita con las virtudes de los hombres y se conmueve con sus vicios. En consecuencia, ama a los justos y odia a los impíos.

7. El odio –se dice⁸¹– no es necesario, pues ya estableció en su momento el premio para los buenos y el castigo para los malos. Si alguien vive justa e inocentemente pero no honra a Dios ni se preocupa lo más mínimo, como Aristides y Cimón⁸² y la mayoría de los filósofos, ¿quedará este impune porque ha observado la ley de Dios pero a Él mismo lo ha despreciado? 8. Existe, por consiguiente, algo por lo que Dios

puede encolerizarse contra quien, por así decirlo, se rebela contra Él por la confianza puesta en su propia integridad. Si se puede encolerizar con este a causa de su soberbia, ¿por qué no más con el pecador que ha despreciado, a la vez, la ley y su legislador? 9. El juez no puede conceder su benevolencia a los pecados, porque está al servicio de otra voluntad. Dios puede, porque es Él mismo árbitro y juez de su ley; cuando otorga su indulgencia, no es, obviamente, porque se vea privado de toda potestad, sino porque ejerce el beneplácito del perdón.

20. Sobre los pecados y la misericordia de Dios

1. Si puede perdonar, entonces también puede enfurecerse. ¿Por qué, entonces –dirá alguien–, quienes pecan, a menudo son felices, y quienes viven piadosamente, a menudo son desdichados? Porque los fugitivos y los renegados viven libremente, pero quienes están bajo la disciplina del padre o del amo viven una vida más estricta y más austera. 2. La virtud se prueba y se corrobora en las desgracias; los vicios, en los apetitos. Pero aquel que peca no debe esperar una impunidad perpetua, porque no existe la felicidad perpetua: «Pero, en realidad, siempre hay que esperar al último día del hombre; a nadie se le puede llamar feliz antes de la muerte y de los últimos funerales»⁸³, como dijo un poeta que no carecía de agudeza. 3. Es el fin último el que da cuenta de la felicidad, y nadie ni vivo ni muerto puede escapar del juicio de Dios. Tiene, en efecto, potestad para derribar a los vivos de la cumbre y para infligir a los muertos tormentos eternos.

4. Mas al contrario –dice–, si Dios se encoleriza, debió vengarse inmediatamente y castigar a todos según se lo merecían. Pero si así lo hubiera hecho, nadie habría sobrevivido, porque

no hay nadie que no peque, y muchas son las cosas que incitan a pecar: la edad, la borrachera, la necesidad, la coyuntura, el beneficio. 5. Tanto está subyugada al pecado la fragilidad de la carne con la que estamos revestidos que, si Dios no se compadeciera de esta miseria, muy pocos serían quizá los que vivieran. Por este motivo es sumamente paciente y refrena su ira. Puesto que la virtud es en Él perfecta, también debe ser perfecta su paciencia, ya que también esta es una virtud. 6. ¡Cuántos se han convertido después de pecadores en justos, de malos en buenos, de perversos en moderados! ¡Cuántos han sido en la primera edad infames y condenados por el juicio de todos, pero después se han hecho dignos de alabanza! Esto no hubiese ocurrido, evidentemente, si a todo pecado le hubiese seguido su castigo.

7. Las leyes públicas condenan a los culpables declarados, pero hay muchos cuyos pecados quedan ocultos, muchos que reprimen a los acusadores con rogativas o con beneficios, muchos que eluden los juicios por su influencia o por su poder. 8. Porque si todos los que se escapan del castigo humano fuesen sancionados por el juicio divino, pocos hombres habría en la tierra, si acaso alguno.

9. Además, bien podría existir una única causa para suprimir la especie humana, a saber, que los hombres despreciaron al Dios vivo y otorgaron la honra divina a las frágiles obras terrenales, como si fuesen celestes, adorando de hecho las obras que habían labrado los dedos humanos. 10. A pesar de que Dios Creador los había formado con el rostro dirigido hacia lo alto y con una postura erguida para estimularlos en la contemplación del cielo y en el conocimiento de Dios, ellos prefirieron doblarse hacia la tierra y arrastrarse, como las bestias, por el suelo. 11. Es terrenal, retorcido e inclinado hacia lo inferior quien, apartándose de la contemplación del cielo y de Dios Padre, venera lo terrenal, es decir, lo realizado y modelado de tierra, que es lo que debía hollar. 12. Por eso, en tan gran impiedad de los hombres y en pecados tan grandes la pa-

ciencia de Dios obtiene lo siguiente: que los hombres mismos, tras haber condenado los errores de su vida anterior, se corrijan. Finalmente, muchos son los buenos y los justos que, tras rechazar los cultos terrenales, reconocen la majestad del único Dios. **13.** Pero por muy grande y útil que sea la paciencia de Dios, este, sin embargo, castiga, aunque sea tarde, a los culpables y no permite que vayan mucho más allá cuando se da cuenta de que son incorregibles.

21. Sobre la ira de Dios y de los hombres

1. Queda una última cuestión. Quizá alguno podría decir que Dios no se enfurece porque prohíbe en sus preceptos que el hombre se enfurezca.

2. Yo le podría contestar que la ira del hombre debe ser reprimida porque a menudo el hombre se enfurece injustamente y que posee un impulso pasajero porque es temporal. **3.** Por consiguiente, para que no sucediera lo que por ira hacen los humildes, los corrientes y los grandes reyes, debió moderar y reprimir su furor, para que, fuera de sí, no cometiera algún crimen que no se pudiese expiar. Dios, en cambio, no se enfurece de un modo pasajero, porque es eterno y de perfecta virtud, y nunca se enfurece con alguien sin que este se lo haya merecido.

4. Sin embargo, este asunto no debe ser considerado de esta manera, pues si Él prohibiera absolutamente enfurecerse, Él mismo se convertiría de algún modo en represor de su propia hechura, porque Él metió desde un principio la ira dentro del hígado del hombre, ya que se cree, en efecto, que la causa de esta emoción se halla dentro del humor de la bilis. **5.** Por consiguiente, no está prohibido enfurecerse totalmente, ya que este sentimiento ha sido concedido como necesario, sino que se ha prohibido permanecer en la ira. La de los mortales, en efecto, debe ser mortal; si permanece, se robustecen las enemistades para la perdición eterna. **6.** Por otro lado, además, al ordenar enfurecerse pero no pecar, es evidente que no excluyó

la ira de raíz, sino que la moderó, para que en toda corrección conserváramos la medida y la justicia. 7. Luego, quien ordena que nos enfurezcamos, ese mismo, obviamente, se enfurece; quien manda que nos aplaquemos con gran celeridad, ese mismo, evidentemente, es aplacable: ha ordenado, en efecto, lo que es justo y útil a las cosas comunes.

8. Pero, puesto que he dicho que la ira de Dios no es temporal, como es la del hombre, que se enciende con las emociones del momento y que no puede controlarse fácilmente a causa de su fragilidad, debemos comprender que, puesto que Dios es eterno, también su ira debe permanecer eternamente. Pero, una vez más, ya que está provisto de una virtud máxima, puede conservar su ira bajo control: no es ella la que lo gobierna, sino que es Él el que la modera como quiere, lo que, obviamente, no se opone a lo de más arriba. 9. Pues si su ira fuese absolutamente inmortal, no habría lugar para la satisfacción o para la gracia una vez cometido el delito, a pesar de que Él manda que los hombres se reconcilien antes del ocaso del sol⁸⁴. Pero la ira divina permanece perpetuamente contra los que pecan perpetuamente. 10. Así pues, Dios no es aplacado por el incienso o por el sacrificio o por dones preciosos, que son todas ellas cosas corruptibles, sino por la reforma de las costumbres; y quien deja de pecar, hace la ira de Dios mortal. Por eso no castiga al culpable en el momento, para que el hombre tenga la capacidad de arrepentirse y de corregirse.

22. Sobre los pecados y sobre lo que se dice en los versos proclamados por la Sibila

1. Esto era lo que tenía que decir sobre la ira de Dios, queridísimo Donato, para que sepas de qué modo refutar a quienes hacen a Dios inalterable. 2. Solo queda, como era costum-

bre en Cicerón, que nos sirvamos del epílogo para concluir nuestro discurso. Como aquel hizo al hablar de la muerte en las *Tusculanas*⁸⁵, así también nosotros debemos ofrecer en esta obra testimonios sagrados a los que se les pueda dar crédito, con el fin de rebatir la convicción de aquellos que, al creer que hay un Dios sin ira, destruyen toda religión. Sin esta, como hemos demostrado, nos asimilamos a la crueldad de las bestias y a la necedad de los animales, pues solo en la religión, esto es, en el entendimiento del Dios Altísimo, se da la sabiduría. 3. Todos los profetas, llenos del Espíritu divino, no han hecho sino hablar de la gracia de Dios para con los justos y de su ira contra los impíos; a nosotros nos bastan sus testimonios. Sin embargo, ya que estos, que se jactan de la sabiduría por sus cabellos y su aspecto, no creen, tendremos que confutarlos también por medio de la razón y de los argumentos. 4. Actúan de un modo tan absurdo que son las cosas humanas las que otorgan autoridad a las divinas, cuando más bien deberían ser las cosas divinas las que otorgaran autoridad a las humanas. Dejemos, pues, de momento, a un lado estas cosas para no obrar de vacío ante estos y busquemos los testimonios que ellos puedan creer o, al menos, no rechazar.

5. Muchos e importantísimos autores nos han transmitido que las sibilas⁸⁶ fueron muchas: de los griegos, Aristónico⁸⁷ y

Apolodoro de Eritras⁸⁸; de los nuestros, Varrón⁸⁹ y Fenestella⁹⁰. Todos estos refieren que la principal y la que era mucho más noble que las demás era la de Eritras⁹¹. 6. Apolodoro se gloria de ser ciudadano y originario de allí. Fenestella cuenta que el senado mandó legados a Eritras para que llevaran a Roma los cantos de esta sibila y que los cónsules Curio y Octavio se encargaron de colocarlos en el Capitolio, que había sido reconstruido por aquel entonces por Quinto Catulo. 7. En ella se hallan unos versos del siguiente tenor acerca de Dios Altísimo y Creador de todas las cosas:

«Inmortal⁹² y eterno Creador que habitas en el éter y que distribuyes / el bien a los buenos como una recompensa mucho mayor⁹³ / y a los malos e injustos despiertas tu ira y tu ardor»⁹⁴.

Y de nuevo en otro lugar, al narrar los delitos que, sobre todo, inflaman a Dios, dijo lo siguiente:

«Y huye⁹⁵ de los latrocinios ilegales, al Viviente adora. / Guárdate⁹⁶ de la fornicación y del lecho no probado por varón; / a tu propia estirpe, la de tus hijos, cuídala y no ma-

tes. / Pues el que peca con estas cosas tiene encolerizado al Inmortal»⁹⁷.

Por lo tanto, se irrita contra los pecadores.

23. Sobre la ira de Dios y el castigo de los pecadores⁹⁸; sobre los cantos que fueron recitados por las sibilas: castigo pasado y exhortación

1. Pero ya que doctísimos autores han transmitido que las sibilas eran muchas, el testimonio de una sola no basta para confirmar, según pretendemos, la verdad. De hecho, los volúmenes de Cumas⁹⁹, en los que están escritos los destinos de los romanos, se guardan en un lugar secreto. No obstante, el que los libros de casi todas las demás sean usados por todos no está prohibido. 3. De estas, una que anunciaba a todos los pueblos la ira de Dios por la impiedad de los hombres, comenzaba de esta manera: «Dado que una gran ira viene contra el mundo desobediente, muestro las iras¹⁰⁰ de Dios al final de los tiempos y profetizo a todos los hombres según su ciudad»¹⁰¹.

4. Otra dijo que, por la indignación de Dios contra los injustos, se produjo el diluvio en una época anterior con el fin de que se acabara la malicia del género humano: «Por lo cual, al estar airado¹⁰² el Dios celestial con sus ciudades y con todos los hombres, cubrió el mar la tierra con una inundación destructora»¹⁰³.

5. De un modo parecido vaticinó el incendio que ha de venir después, con el que de nuevo se borraría la impiedad de

los hombres: «Y entonces se conocerá que Dios ya no es manso, sino que con su cólera hará pesada¹⁰⁴ y arruinará la entera generación de los hombres con un gran incendio»¹⁰⁵.

6. Por lo que en Nasón se habla del siguiente modo sobre Júpiter: «También se acuerda de que en los hados está presente que habrá un tiempo en el que el mar, en el que la tierra y el arramblado palacio del cielo arderán y la laboriosa mole del mundo sufrirá»¹⁰⁶.

7. Esto debe suceder cuando la honra y el culto al Dios Altísimo hayan desaparecido de entre los hombres. Esta misma sibila, sin embargo, dio testimonio de que se le puede aplacar con el arrepentimiento de los delitos cometidos y con la enmienda personal, y añadió lo siguiente: «¡Ah, desgraciados mortales, convertíos, y entonces no provocaréis a Dios en su gran ira multiforme...»¹⁰⁷. Y un poco después: «Ni destruirá. Cesará de nuevo en su ira, siempre que todos lo honréis con suma piedad y reverencia en vuestro corazón»¹⁰⁸.

8. Después, otra sibila declara que se debe amar al Progenitor de lo celeste y de lo terrestre, no sea que se eleve su indignación para destruir a los hombres: «Para que el Dios Inmortal, encolerizado, no destruya toda la raza de los hombres, su vida y su raza digna de vergüenza, se debe amar a Dios Progenitor, sabio y eterno»¹⁰⁹.

9. A partir de esto es evidente que vanas son las razones de los filósofos que consideran un Dios «sin ira»¹¹⁰; y entre sus otras loas creen que esto es totalmente inútil, quitándole lo que es un medio saludable de primer orden para los asuntos humanos, para lo que está establecida la propia majestad.

10. Este reino y hegemonía terrenal, si no se mantiene con el miedo, desaparece. Quita la cólera del rey y no solo no le obedecerá nadie, sino que se derrumbará desde lo más alto. O arrebatara este sentimiento a cualquier persona de humilde condición, ¿quién no le robará? ¿Quién no se mofará de él? ¿Quién no lo afrentará con injurias? 11. De este modo, no podría tener ni vestido ni alojamiento ni víveres; todo sería de los demás saqueadores. De ningún modo creamos, entonces, que la majestad de la hegemonía celeste puede subsistir sin la cólera y el miedo. 12. Apolo de Mileto¹¹¹, cuando se le consultó sobre la religión de los judíos, incluyó lo siguiente en su respuesta: «Al Dios Rey y al Progenitor de todas las cosas, ante el que tiembla la tierra, el cielo, el mar, y el inframundo más recóndito y los démones¹¹² se hallan estremecidos¹¹³»¹¹⁴.

13. Si tan manso es como dicen los filósofos, ¿cómo es posible que, a su ademán, no solo los démones y los servidores de tan gran potestad se estremecen, sino también el cielo, la tierra y la naturaleza entera de las cosas?

Si nadie es siervo de otro si no es coaccionado, entonces toda hegemonía se basa en el miedo, y el miedo se sustenta por medio de la ira; pues si alguien no se conmueve contra quien no quiere obedecer, este no podría ser obligado a la obediencia.

cia. 14. Que cada uno analice sus propios sentimientos: al momento comprenderá que nadie puede ser subyugado a una orden sin la ira y el castigo. En consecuencia, donde no existiera la ira, tampoco podría existir el poder. Dios, sin embargo, tiene el poder; por lo tanto, debe tener también la ira en la que se basa el poder.

24. Conclusiones finales

1. Por lo tanto, que nadie, inducido por los vanos discursos de los filósofos, se instruya en el desprecio de Dios, que es algo muy execrable. 2. Todos debemos amarlo porque es nuestro Padre, lo debemos venerar porque es nuestro Señor, lo debemos honrar porque es benefactor y lo debemos temer porque es severo. Los dos modos de ser que en Él existen son venerables. 3. ¿Quién no podría salvaguardar su piedad sin amar al Padre de su alma? ¿Quién podría despreciarlo impunemente, a Él que es el dueño de todas las cosas y que tiene la verdadera y eterna potestad sobre todo? 4. Si lo consideras como un Padre, es Él el que nos proporciona el nacimiento a la luz que disfrutamos; por él vivimos, por él hemos entrado en la estancia de este mundo. 5. Si lo consideras Señor, es Él el que nos alimenta con innumerables riquezas, el que nos sustenta, en cuya casa vivimos, a cuya servidumbre pertenecemos. Si eres menos obediente de lo que conviene, si eres menos observador de lo que los inmortales méritos de tu Padre y Señor exigen, es al menos de gran utilidad para conseguir su clemencia el que conservemos su culto y su reconocimiento, el que meditemos las cosas celestes y divinas una vez que hemos rechazado tanto los asuntos como los bienes terrenales y de baja condición. 6. Para que podamos hacerlo, debemos seguir a Dios, debemos adorar y amar a Dios, ya que en Él está la materia de las cosas, el fundamento de las virtudes y la fuente de los bienes. ¿Qué hay, pues, que sea mayor que Dios en potencia o más perfecto que Él en razón, o más espléndido que Él en claridad?

7. Dado que Él nos ha engendrado para la sabiduría y nos ha dado a luz para la justicia, no le es lícito al hombre que, tras haber abandonado a Dios, dador del sentido y de la vida, y adhiriéndose a la esclavitud de lo terrenal y frágil o a la búsqueda de los bienes temporales, se desvíe de la inocencia y de la piedad. 8. Los apetitos viciosos y mortíferos no le hacen feliz, ni la opulencia que lo incita a la pasión, ni la vacua ambición ni los honores caducos con los que el ánimo humano queda atrapado, se ve alienado en su cuerpo y se condena para la muerte eterna. Solo la inocencia, solo la justicia, 9. cuyo legítimo y valioso don es la inmortalidad, que Dios estableció desde un principio para los espíritus santos e íntegros, que se conservan irreprochables e intactos de los vicios y de toda caída terrenal. 10. No pueden ser partícipes de este premio celeste y perpetuo quienes¹¹⁵ con fraudes, con robos, con engaños manchan su conciencia, y quienes con las injurias de los hombres, con actos execrables se imprimen a fuego manchas indelebles. 11. Por eso, a todos los que quieran que se les llame merecidamente sabios y hombres les conviene despreciar lo frágil, aplastar lo terrenal y desdeñar lo de baja condición para poderse vincular con Dios en una felicísima intimidad.

12. Que se supriman la impiedad, las discordias; que se apacigüen las divergencias tumultuosas y destructivas con las que el divino vínculo de las relaciones humanas y del pacto público se rompe, se destruye, se disuelve. En cuanto nos sea posible, meditemos en ser buenos y benefactores; si abundamos en capitales y riquezas, que se dividan para el bienestar, no de un solo deseo, sino del de muchos. 13. El apetito es, en efecto, tan mortal como el cuerpo, al que presta servicio. La justicia y la beneficencia son tan inmortales como el espíritu y el alma, que alcanzan la semejanza de Dios con las buenas obras. 14. Que

rindamos honra a Dios, no en los templos, sino en nuestro corazón. Todo lo que ha sido hecho por la mano es vulnerable. Purifiquemos este templo, que no se mancilla con el humo o con el polvo, sino con los malos pensamientos; que sea iluminado no con velas de cera que arden, sino con la claridad de Dios y con la luz de la sabiduría. **15.** Si creemos que Dios está siempre presente en él, a cuya divinidad los secretos del espíritu quedan patentes, viviremos de tal modo que siempre lo tendremos propicio y nunca tendremos miedo de que se enfurezca.